PQ6527
.C7
1843

LIBRARY OF CONGRESS
0 029 561 797 4

Hollinger Corp.
pH 8.5

PQ 6527
.C7
1843
Copy 1

LA COJA Y EL ENCOJIDO,

COMEDIA

EN TRES ACTOS EN PROSA,

DE

DON JUAN EUJENIO HARTZENBUSCH.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
calle de Segovia, n. 6.

1843.

PQ6527
.C7
1843

PERSONAS.	ACTORES.
ADELA.	*Doña Juana Perez.*
DON FABIAN.	*Don Juan Lombía.*
DON RUFINO.	*Don Francisco Lumbreras.*
DON SILVESTRE . . .	*Don Pedro Lopez.*
GREGORIA.	*Doña Concepcion Sampelayo.*
TOMASA.	*Doña Concepcion Lapuerta.*

Un criado, que no habla.

La escena es en Madrid en una casa de posadas.

Esta comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estranjero, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

199181
1913

Acto primero.

Patio con jardin al cual tienen salida algunas habitaciones de huéspedes: á la derecha del espectador un ángulo del cuarto de Adela, con una ventana grande de frente al público. En medio del jardin un pozo, junto á él una pila, y por el medio bancos ó sillas y una mesa. Las persianas del cuarto de Adela permanecen cerradas.

ESCENA PRIMERA.

DON FABIAN, GREGORIA, *y luego* TOMASA.

Gregoria aparece cruzando el teatro, de izquierda á derecha del espectador, con una bandeja y en ella varios platos; don Fabian sale por la izquierda, detras de Gregoria.

Fab. Chit, chit, señora Gregoria.

Greg. ¡Don Fabian! ¿Qué milagro es este, que se le vé á usted por el jardin? Desde que se halla usted aqui de huésped, creo que es la primera vez que baja.

Fab. Sí señora, la primerita: figúrese usted que no será sin motivo.

Greg. Pues ¿qué hay? Diga usted pronto, que ando de prisa.

Fab. Está muy hermoso este jardinito del patio, y pocas casas de huéspedes tendrán otro igual en Madrid; es muy agradable respirar por la mañana el olor de las flores, pero, querida Gregoria, las diez y media han dado hace rato.

Greg. ¡Las diez y media ya! ¡Y la nueva huéspeda queria el desayuno á las diez!

Fab. Si tuviera usted la bondad de acordarse del mio...

Greg. ¿Todavia está usted en ayunas?

Fab. Sí señora; por eso...

Greg. ¡Pobre don Fabian! Con esa calma, no es estraño que usted engorde.

Fab. Pues á pocos dias de abstinencia como este, me quedo en lo firme.

Greg. Es el caso que me ha destinado el ama desde hoy á los cuartos de abajo, y por eso me toca servir á la señora que vino anoche; la Tomasa es la que tiene que asistirle á usted. Ahí sale: acuda usted á ella. (*Vase, y sale Tomasa en direccion opuesta, llevando tambien un almuerzo.*)

Fab. Tomasita, ¿me hace usted el favor de subirme al cuarto el chocolate?

Tom. Eso le tocará á la tia Gregoria, que es quien le ha servido á usted siempre.

Fab. Si me dice que le han encargado á usted la asistencia de arriba.

Tom. Anoche me dijo el ama los nombres de los huéspedes á quienes habia yo de servir desde hoy; pero lo que es á usted no le mentó. A la cuenta seria un olvido.

Fab. Pues: uno de tantos.

Tom. Como usted no riñe nunca, ni habla, ni pabla, no hay forma de tenerle presente. Descuide usted, que yo le llevaré el almuerzo, en aviando á todos. (*Vase.*)

Fab. ¡Lisonjera distincion! Pues hasta ahora, gracias á Dios, he pagado mis tres pesetillas tan puntualmente como el primero. Debo irme de esta posada, y muy pronto. ¿Estamos en Mayo? Para ferias, ó para navidad, me despido.

ESCENA II.

DON SILVESTRE.—DON FABIAN.

Silv. No sé como he acertado á volverme por esas calles. (*Viendo á don Fabian.*) ¡Hola! Felices dias, camarada.

Fab. Felicísimos. Beso á usted la mano.

Silv. Usted, si no me equivoco, es el caballerito de anoche.

Fab. ¿De anoche? ¡Ah! sí. Muy servidor de usted.

Silv. ¡Y tan servidor como usted se mostró! ¡Vaya, que fué buen lance! Cruza usted el portal cuando llegábamos la chica y yo, y los mozos acababan de dejar en el suelo nuestro equipaje; se me antoja que es usted un criado, cojo un lio y se le echo á usted á cuestas gritándole: «marcha con eso adentro.» No sé que fué mas de admirar, mi torpeza ó la cachaza de usted, que se entró con el fardo como un corderito.

Fab. Me mandó usted con un aire tan imponente, que no me atreví á desobedecer.

Silv. De nuevo le pido á usted mil perdones en mi nombre y en el de mi sobrina.

Fab. ¿Es sobrina de usted la señora que le acompañaba?

Silv. Sí señor, una muchacha que vale un Perú.

Fab. ¿Con que es jóven? No tuve el gusto... el honor.... de ver á la señorita. Sentada en un rincon oscuro... y con aquel sombrero... Yo, tambien, me subí corriendo á mi cuarto.

Silv. Ese es el de mi sobrina y mio, señor don... ¿Cómo es su gracia de usted?

Fab. Me llamo... me llaman...

Silv. (*Interrumpiéndole.*) ¿Se le ha olvidado á usted su nombre?

Fab. ¡Por Dios! ¿cómo puede usted imajinar..?

Silv. (*Aparte.*) Se ha puesto colorado.

Fab. Vea usted el rejistro de la patrona, ó pregúntela quien soy, y le responderá: «Fabian Huronera.»

Silv. Muy señor mio: Silvestre y Adela Gomez están á la la disposicion de usted, amigo don Fabian.

Fab. Haga usted presentes mis respetos á la señorita.

Silv. (*Yéndose.*) En hablándole recio al hombre, se le deja cortado. (*Vase.*)

Fab. Pues: si me hubieran dado mi chocolate, no hubiera tenido precision de bajar, y de hablar luego con un desconocido, que para mí es el apuro mayor que hay. (*Encaminase á la izquierda, y tropieza con don Rufino que sale por el mismo lado.*)

ESCENA III.

DON RUFINO.—DON FABIAN.

Ruf. ¡Eh! mire usted por donde va.

Fab. Perdone usted... una distraccion...—¡Oh señor don Rufino!

Ruf. ¡Usted aqui, don Fabian!

Fab. Si vivo en esta casa.

Ruf. Bien lo sé; pero como usted habita allá en las altas rejiones...

Fab. Un asuntillo urjente me ha sacado de mis casillas: á no ser por la necesidad, no hubiera bajado.

Ruf. Pues yo venia... por supuesto que con ánimo de ver á usted para tratar de nuestras cuentas.

Fab. Mil gracias.

Ruf. Yo, que antes era editor responsable, ahora soy propietario de un periódico.

Fab. Si usted es cuanto hay que ser, cuanto quiere.

Ruf. Para llegar á ser algo, hay que emprenderlo todo. Usted ha escrito para mí, y es justo que se le remunere por su trabajo.

Fab. Cuando usted quiera.

Ruf. Pero antes venia á tomar unos informes. Aqui sirve una vieja, llamada Gregoria, que fue ama de llaves de mi papá, y queria que me dijera si ha venido ya una señorita de Cádiz, que habrá de parar en esta posada.

Fab. Esa señorita ¿viaja en compañia de su tio?

Ruf. Justo: un hombre de edad, gordote, rechoncho...

Fab. Que se llama don Silvestre.

Ruf. Cabal, y ella Adelita.

Fab. Tio y sobrina llegaron sin novedad anoche, y ocupan ese cuarto.

Ruf. ¿Ese? Bien.—¿Y qué tal es la gaditana?

Fab. Yo entraba en casa cuando llegaron; pero no reparé en ella.

Ruf. Mal hecho: en las mujeres se debe reparar siempre.

Cuidado que usted, por su maldito encojimiento, no sirve para nada.

Fab. Pues sin embargo hice á esos señores anoche un servicio.

Ruf. ¿A la sobrina?

Fab. Al tio.

Ruf. El tio me importa á mí dos bledos. En fin, Gregoria los habrá visto y me dirá...

Fab. Ella los sirve.

Ruf. Tengo una impaciencia de saber...

Fab. Le interesa á usted mucho la nueva huéspeda.

Ruf. Hay su por qué: y eso que todavia no la conozco.

Fab. Sabrá usted quizá que es bonita.

Ruf. Segun noticias es persona de lindo talle, de mucho garbo, mucha gracia para andar... Ya se vé, gaditana.

Fab. Tendrá la sal del mundo.

Ruf. Pero es bizca.

Fab. ¡Hombre! ¡qué casualidad!

Ruf. Y yo que aborrezco á los bizcos de muerte...

Fab. ¡Oh! pues yo no: todo al contrario.

Ruf. La madre de Adela tuvo una hermana que casó con un tio mio, el cual pasó de España al Perú, donde hizo un mediano caudal.

Fab. De modo que Adelita y usted son primos políticos.

Ruf. Sí señor. Del tal tio hacia veinte años que nadie sabia nada, cuando al buen señor le ocurre la idea de morirse, habiendo sobrevivido á hijos y mujer.

Fab. Ocurrencia feliz para usted, si testó á favor de la parentela.

Ruf. Testó en efecto; y al parecer fué su ánimo beneficiar igualmente á su línea y á la de su esposa.

Fab. Si ustedes no son muchos...

Ruf. Por parte de la tia, no mas que Adela; por parte del tio, solito yo. Otro primo lejano habia tambien por mi lads; pero murió al concluirse la guerra civil.

Fab. Siendo asi, Adelita y usted partirán á medias la herencia.

Ruf. La idea del tio indiano fué que la disfrutaran en comun dos de sus parientes y afines, hembra y varon, á favor de una boda.

Fab. Es decir que casándose usted con su prima, se alza con el santo y la limosna.

Ruf. El alzamiento con respecto á la prima no lo ambiciono.

Fab. Puede ser una joven amable; puede quererle á usted mucho.

Ruf. Nunca podrá mirarme con buenos ojos.

Fab. Esa nueva operacion de tenotomía aplicada al estrabismo prueba muy bien.

Ruf. Yo no tengo vocacion de casado.

Fab. En el corto tiempo que hace que nos conocemos, le he oido á usted decir alguna vez que era enemigo del matrimonio; pero yo creia que habia usted mudado de dictámen.

Ruf. ¿Cómo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sabe usted para...?

Fab. Serán suposiciones.

Ruf. Pero hable usted.

Fab. Nada, sino que paseándome por la orilla del canal, porque mis paseos siempre son...

Ruf. Sí, por donde Cristo dió las tres voces. Prosiga usted.

Fab. Iban delante de mí unos cuantos jóvenes, que parecian como libreros ó cajistas..., y hablaban de usted.

Ruf. Mal, por supuesto, porque esa jente...

Fab. No señor, muy bien... Decian que usted no entendia una jota del arte.

Ruf. ¡Buen elogio!

Fab. Pero que por lo mismo era usted mas fácil de contentar.

Ruf. Sí, de engañar. ¡Bribones!

Fab. Decian que pagaba usted bien, que tenia dinero...

Ruf. ¿Qué calumnia!

Fab. Y que seria usted pronto un sujeto rico.

Ruf. Porque mi empresa prosperaria.

Fab. No: porque iba usted á casarse con una señora millonaria y...

Ruf. Y vieja: ¿no es verdad?

Fab. Precisamente.

Ruf. No haga usted caso de habladurías. Hay jentes que no viven si no divulgan todo lo que pasa. No porque eso tenga nada de particular: seria una especulacion como otra cualquiera; pero... ¡Yo dinero! ¡yo pagar bien! Dígame usted si no le estoy debiendo los artículos que me ha redactado.

Fab. Verdad es, y por cierto...

Ruf. Ese periodiquillo miserable que he puesto, lo sostengo con dinero prestado.

Fab. ¡Dichoso el hombre á quien le prestan!

Ruf. Créame usted; no vuelva usted á pasearse por la pradera del canal: corre allí un aire húmedo muy perjudicial á la jente de letras. Pasemos á la fonda de enfrente, y mientras se hace hora de visitar á mi prima, le enteraré á usted de un pensamiento para mejorar mi periódico, en el que cuento con el ausilio de usted. Podremos tomar algo, porque usted es madrugador y hará ya tiempo que se ha desayunado.

Fab. No señor, hoy me ha hecho esperar la criada mas que otros dias.

Ruf. En haciéndose de miel, se burlan de uno criados é impresores. Ea, vamos.

Fab. No concurro allí nunca, y asi, como que me repugna entrar.

Ruf. Sacuda usted ese encojimiento, visite usted, converse usted; al mes de práctica habrá usted adquirido igual desembarazo que yo.

Fab. Sí, á los ocho dias habré cometido tantas atrocidades, que ya no me atreveré á saludar á un alma viviente. Si no ha producido Asturias un hijo mas cuitado que yo. Cuando estudié latinidad con el dómine, las primeras semanas no habia dia en que no llevase palmetas, á pesar de que tenia buena memoria y estudiaba bien la leccion. Acercarme al maestro para darla y ponerme á temblar, todo era uno: asi es que me cojia tantos puntos como veces me miraba. Durante el curso era yo de los mas adelantaditos de la clase; el dia de los exámenes siempre me quedaba de burro. En la universidad lo mismo; en habiendo acto público, perdia á vista de una concurrencia numerosa todo el concepto que me habia granjeado mi aplicacion entre los catedráticos y los compañeros. Por eso no me he atrevido á graduarme en leyes, porque estoy seguro de que si el dia de mañana me tocaba defender la causa de un hombre mas inocente que el mismo Abel, de fijo con mi defensa iba derecho al palo.

Ruf. Por eso le predico á usted: mientras no venza ese empacho ridículo, se reirán de usted hombres y mujeres.

Fab. Las señoras hasta hoy poco se han burlado de mí.

Ruf. ¿Ha sido usted mas afortunado con ellas?

Fab. No, sino que como la primera y la segunda y la tercera me han escarmentado, no me he atrevido á emprender con la cuarta.

Ruf. Usted debe principiar á franquearse con las personas á quienes trata.

Fab. No me trato con nadie. Usted y otro compañero suyo que me dan que escribir, y el muchacho de la imprenta que me trae las pruebas, son casi las únicas personas que veo, y eso de tarde en tarde.

Ruf. Pues principie usted á desenfadarse conmigo.

Fab. (*Aparte.*) ¡Famosa ocasion para pedirle lo que me debe!

Ruf. Y marchemos ahora á la fonda.

Fab. Señor don Rufino, tomando su consejo de usted, quisiera...

Ruf. Café primero con tostadas, ¿no?

Fab. Quisiera hacerle á usted presente...

Ruf. Luego unas chuletas ó un biftek.

Fab. Usted no estrañará que en mi situacion...

Ruf. Si prefiere usted una trucha ó jamon dulce...

Fab. Yo trabajo noche y dia...

Ruf. Eso es, noche y dia; y sin gozar jamas de una diversion, sin almorzar en fonda ni... Hoy *debuta* usted.

Fab. Solo á fuerza de privaciones es como consigo...

Ruf. Cierto: no faltarán en la fonda literatos jóvenes á quienes aconsejar que aprendan de usted.

Fab. Sin dinero no puede uno...

Ruf. Eso les diré yo: sin dinero no se puede vivir. ¿Quieren ustedes ganarlo? Trabajen ustedes como el señor. ¿Quieren ustedes no hallarse en apuros? Limítense ustedes como el señor. No vestirá con lujo; pero no deberá un cuarto: antes le deberán á él. Yo le debo, señores; yo no me avergüenzo de confesarlo.

Fab. Por lo mismo estimaria que usted...

Ruf. Yo miro por la gloria y adelantos de ustedes mas que ustedes mismos. Los españoles pecamos por lo comun de holgazanes; y si la necesidad no nos estimula, nos echamos á dormir. Por eso yo me hago á veces el remolon para pagar: claro es que el que no paga es porque no puede ó no

quiere. Señor don Fabian, todas las obras de mérito se han escrito con hambre : usted se halla ahora en la mejor ocasion para hacer algo de provecho.

Fab. (Cortado.) Adopto la insinuacion de usted, y me retiro á ponerla en práctica.

Ruf. ¿No almorzamos juntos?

Fab. Gracias por el convite y por el aviso. (*Aparte.*) Este hombre, para mí, aconseja como paga: siempre el resultado es igual á cero. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON RUFINO.

Ya me le he quitado de encima, y de balde. Gastar algo con él, vaya; pero darle lo que le debo, hasta que me case no puede ser. ¿Qué seria mejor? ¿casarme con la bizca ó con la vieja? La herencia del tio redituará unos dos mil duros anuales, á todo correr; los bienes de doña Gertrudis rentan seis veces mas: la vieja me ha adelantado cantidades enormes; ella paga todas mis trampas; ella poco puede vivir: si el matrimonio es un cautiverio, estoy por el mas breve; si es una especulacion, debo estar por la mas productiva. Despues de la muerte de Gertrudis, probablemente seré dueño de cuanto posee; y si quiero, podré escojer entre todas las niñas de Madrid que miren á derechas. Veré á mi prima, y pensaremos; pero el caso es que hay que decidir de hoy á mañana. Lo primero es buscar á Gregoria. (*Vase.*)

ESCENA V.

(*Abrense las persianas del cuarto que ocupan* ADELA *y* DON SILVESTRE, *y aparecen los dos sentados á una mesita redonda, acabando de almorzar.* GREGORIA *les está sirviendo.*)

Ade. Sí; mejor está abierto, Gregoria. Ya que nadie nos vé, respiremos el aire fresco del jardinillo.

Greg. Si ustedes reparan en la asistencia algo que no sea de su gusto, díganlo.

Ade. El té no me ha parecido bueno : cuando salga, he de ver si lo encuentro de mejor calidad.

Silv. ¿Habrá manzanilla en casa, Gregoria?

Greg. Sí señor; y si no, se traerá de la botica.

Ade. ¿De la botica?

Greg. Pues ¿de dónde? En las boticas se halla de todo.

Silv. ¿Hasta el vino de Sanlúcar?

Greg. ¡Ah, que es un vino de su tierra de usted! Se lo preguntaré al ama.

Silv. Sí, ve y no te vuelvas sin una cañita. (*Vase Gregoria.*)

ESCENA VI.

ADELA. DON SILVESTRE.

Silv. Conque, sobrinita del alma, ya estás en Madrid, y supongo que hoy verás á tu primo político.

Ade. ¿Quién sabe? Se le anunció el dia de nuestra llegada, y no por eso ha salido á recibirnos. Infiero que tiene poquísimo deseo de conocer á su prima.

Silv. ¿Y tú?

Ade. ¿Yo? Resuelta á llevar á cabo mi plan, y poco esperanzada de un felíz éxito.

Silv. ¿Aun no has visto al primo, y ya recelas de él?

Ade. Recuerde usted los informes que ha recojido esta mañana. En primer lugar le han dicho á usted que ha sido siempre una especie de vago.

Silv. No hay cosa mas noble que no trabajar.

Ade. Que es un tramposo, un petardista.

Silv. Pero sabe serlo : solo engaña á ricos y á tontos.

Ade. Se susurra que galantea á una vieja.

Silv. Mejor se prendará de tí que eres jóven.

Ade. Es que yo no quiero que se prende de mí por ser jóven, ni por ser heredera, sino por ser mujer de bien... y algo mas.

Silv. Ese algo mas comprende lo de amable y discreta, lo de no ser ya bizca, &c. &c.

Ade. Yo le confieso á usted que estoy con una inquietud mortal hasta salir de mi esperiencia.

Silv. Poco puede durar tu zozobra, porque el plazo urje.

Ade. Sí, mi tio político D. Gabriel me instituyó su heredera absoluta, si en el término de un año me casaba con un pariente suyo.

Silv. Y si no, pasarian al pariente mas inmediato los bienes del tio, quedándote solo una pension anual de seis mil reales.

Ade. El buque que traia la primera copia del testamento padeció naufrajio, el segundo perdió la derrota, y el tal documento ha venido á Europa por Londres, de Londres á Santander, y de allí á Madrid: de manera que el año se cumple mañana.

Silv. Eso te escusa de cavilar mucho tiempo sobre la decision. Con decir: «soy novia,» está concluido.

Ade. Ó con decir: «no me caso,» y contentarme con esa corta pension.

Silv. No seria mal disparate. Mira que la mujer no suele tener mas que una ocasion para ser rica.

Ade. Ser rica, ser rica... Bien me gustaria á mí serlo: aun soy jóven y ya no soy niña, y por consiguiente no me falta ambicion; pero esto de arriesgar una su felicidad por el vil interés...

Silv. Sé buena y serás feliz, lo mismo siendo rica que siendo pobre. Ya se ve: tú quisieras que el tio te hubiera dejado sus bienes sin carga ninguna: muy bien querido; pero como él pensó de otro modo, no hay mas que sujetarse á su voluntad. Considera tu situacion: tú no tienes mas arrimo que yo, y por mas que haga...

Ade. Tio, por Dios... Usted tiene hijos y pocos medios: demasiado ha hecho con acompañarme á Madrid consintiendo en ser mi auxiliar y mi cómplice.

Silv. Los peligros de la opulencia no sé qué tan grandes serán, porque nunca los he conocido; los de la pobreza sí, y te aconsejo que no te espongas á ellos. Mas virtud se necesita para vivir contenta con seis mil reales, que para corregir á un marido calavera, teniendo las cualidades que tú. Y luego debes reflexionar que en el enlace de los dos herederos de don Gabriel el sacrificio es igual y recíproco. Tambien amará su libertad don Rufino, tambien le asustará tu esterior, tambien mirará con repugnancia este matrimonio, porque á todo el mundo incomo-

da que le digan: «con fulana te has de casar, ó te desheredo.» A pesar de los informes que he recibido, yo formaré muy buena opinion de tu primo si conviene en casarse, aunque no le vea muy enamorado: motivos tienes para estar segura de que despues, al aprecio seguirá el amor.

Ade. No es tanto lo que exijo yo por ahora: fuera un absurdo; pero con el galanteo de la vieja no puedo transijir.

Silv. Adelita, fuera de bromas: ¿has dejado en Cádiz algun quebradero de cabeza?

Ade. ¡Tio! ¿No tiene usted mil pruebas de que mi corazon es libre?

Silv. Es verdad: y lo que es en Madrid, todavia...

Ade. No he visto mas hombre que el huésped de anoche, cuya cortedad nos ha hecho reir tanto. ¿Cómo me ha dicho usted que se llama?

Silv. Don Fabian: para tí me ha dado memorias.

Ade. Debe de ser un Juan Lanas completo.

ESCENA VII.

GREGORIA, *en el cuarto.*—DICHOS.

Greg. Aquí está la manzanilla, señor.

Silv. Ya no me acordaba yo de tal cosa; ya se me ha pasado la sed.

Greg. He tardado porque me ha detenido un caballero, preguntándome mil cosas de usted, señorita.

Ade. ¿De mí?

Silv. ¿Quién es?

Ade. ¿Es siquiera el mozo de cordel que mi tio se improvisó anoche?

Greg. ¡Qué! No señora, si es mi señorito: quiero decir, el hijo de un amo que tuve yo. Es don Rufino.

Ade. ¡Mi primo!

Silv. ¿Dónde anda, que no viene?

Greg. Me dijo que le parecia aun temprano para visitar, y que se alegraria infinito de verla á usted antes de anunciarse como pariente.

Ade. ¡Oiga!

Greg. Me encargó que no le dijese á usted palabra, y por lo mismo se lo prevengo.

Ade. ¿Y ha cumplido usted del propio modo el encargo que le hice á usted anoche?

Greg. ¿El de callar que usted no es bizca, sino que en cambio...? ¡Vaya! no, señora: me he hecho la desentendida; nada sabe.

Silv. ¿De veras?

Greg. A fé de quien soy. Las circunstancias de los encargos no son iguales: el señorito ha prometido regalarme y usted me regaló. *(Asomándose á la ventana.)* Allí viene ya.

Ade. Quite usted ese velador y retírense ustedes.

Silv. Yo me retiro, y voy á salir para dejarte el campo libre.

Ade. Sí, yo sola quiero entenderme con él. (*Vanse don Silvestre y Gregoria.*)

ESCENA VIII.

DON RUFINO, *en el patio.*—ADELA, *á la ventana.*

Ruf. (*Aparte al salir.*) Segun dijo Gregoria, á la ventana debe estar.

Ade. (*Medio tapándose con una cortina.*) Aquel ha de ser. No me descontenta la traza.

Ruf. (*Aparte.*) Entre la cortina distingo un bulto: ella será.

Ade. (*Aparte.*) Haremos la desecha á ver cómo se esplica.

Ruf. Señorita...

Ade. Caballero...

Ruf. (*Aparte.* No es bizca: no es ella.) Disimule usted la libertad...

Ade. Hasta ahora no es grande.

Ruf. (*Aparte.* ¡Qué chusca!) El cuarto de doña Adelita Gomez...

Ade. Es el mismo que ocupo yo.

Ruf. ¿Este?

Ade. Pues.

Ruf. Yo no sabia... ¿Ha venido usted quizá con ella?

Ade. Nunca me separo de su persona.

Ruf. Formo un gran concepto de quien merece tan amable amiga.

Ade. ¿No conoce usted á Adela? Como usted preguntaba por ella, juzgué que sí.

Ruf. Nunca la he visto; pero tengo un dato para conocerla.

Ade. ¿Un dato, eh? Ya comprendo cuál.

Ruf. Una señalita.

Ade. Un distintivo particular.

Ruf. Una gracia, gratis data.

Ade. Que se nota al golpe, cierto. ¿Usted quiere que la avise?

Ruf. Es mi obligacion visitarla; pero temia que la hora fuese intempestiva.

Ade. Ella... ocupada está, y bien, segun parece.

Ruf. En el tocador acaso.

Ade. No, en conversacion con un caballero.

Ruf. Siendo así, esperaré.

Ade. Pero nosotras no gastamos etiquetas: ya ve usted; el solo anuncio de que tiene usted relaciones con Adelita ha bastado para detenerme á hablar con usted desde una ventana, como si estuviera en Andalucía. ¿Se conversa en Madrid tambien por las rejas?

Ruf. Poco, porque apenas hay cuartos bajos.

Ade. Diga usted, y debajo de los altos ¿qué hay? ¿soportales? ¿zaguanes?

Ruf. Tiendas.

Ade. Ya: como todavia no he visto la heróica villa...

Ruf. Llegada de anoche, ¿cómo? Yo me ofrezco á mostrar á usted todo lo notable de la capital.

Ade. Mil gracias. Pero no continue usted así: tenga usted la bondad de dar la vuelta y pasar adelante: aunque el tio habrá salido, hablará usted con su servidora.

Ruf. Señora mia.

Ade. Ello, para entrar aqui habrá usted de pasar por donde está Adelita.

Ruf. ¡Oh! pues ya le digo á usted que no trato de incomodarla. Yo solo me he apresurado á venir por saber si habia llegado con salud.

Ade. Sin novedad. Cansadilla... como yo.

Ruf. Es inevitable. ¿Y qué tal el viaje?
Ade. Bueno. Solo hemos volcado una vez.
Ruf. Entonces ha sido felicísimo.
Ade. Para lo que se acostumbra...
Ruf. Supongo que no habrán ocurrido desgracias.
Ade. No señor, unos coscorrones y nada mas.
Ruf. Del mal el menos. El susto sí seria grande.
Ade. Adela fué quien se asustó menos.
Ruf. ¿Tiene espíritu, eh?
Ade. Está hecha ya á esos lances. En un vuelco de coche fué donde le sucedió la avería que usted sabrá... Porque supongo que usted será persona que le toque muy de cerca.
Ruf. Figúrese usted: cuando soy el primero que la visita...
Ade. ¿Es usted...?—No será usted su primo, porque don Rufino la hubiera venido á ver anoche.
Ruf. Estuvo sumamente ocupado. (*Aparte.*) No me soltó la otra.
Ade. De modo que usted viene á disculparle. Usted será un amigo suyo.
Ruf. Íntimo, inseparable.
Ade. Como yo de Adela. Me lo he pensado desde que le ví á usted.
Ruf. Sentiria mucho que estuviese resentida con su primo.
Ade. Pues algo hay de eso. Ha recibido ciertos informes que no favorecen gran cosa á ese galan.
Ruf. ¿En averiguaciones anda la señorita?
Ade. Si eso le ofende al primo, cóbrese en la misma moneda: averígüele los pecados á la primita.
Ruf. Pues supóngase usted que don Rufino me ha dado á mí esa comision.
Ade. Va por supuesto.
Ruf. ¿Tendria usted la imparcialidad suficiente para informar de su amiga sin adular ni deprimir?
Ade. Me parece que este diálogo, entablado con una persona á quien veo por primera vez, es una señal de franqueza.
Ruf. Coma la pregunta que voy á hacer á usted lo es de la confianza que usted me inspira.
Ade. De la cual yo me felicito. Pregunte usted.
Ruf. Adelita ¿viene dispuesta á casarse con su primo?
Ade. No venia mucho; pero va mudando de parecer.

Ruf. ¿A pesar de los consabidos informes?

Ade. El último informante aboga por don Rufino.

Ruf. Y Adela... Usted se reirá de la pregunta, supuesto que voy á verla al instante; pero la curiosidad...

Ade. Adelante con la curiosidad.

Ruf. ¿Qué tal parecer, qué tal vista tiene? ¿Es cosa que repugne...?

Ade. Lo que es de cara...

Ruf. Por ella pregunto.

Ade. Pues crea usted que no trocará Adela de figura conmigo.

Ruf. Señorita, eso es burlarse. Esas facciones, esos ojos...

Ade. No son mejores que los de Adela, no.

Ruf. Es que yo no tengo por buenos sino á los que sobre ser como esos, miran... como usted.

Ade. Los de Adela reunen ambas cualidades.

Ruf. Pero ¿no es bizca?

Ade. Ya no.

Ruf. ¿Cómo? ¿Le han hecho la nueva operacion?

Ade. Felicísimamente: si dentro de poco no habrá un bizco por un ojo de la cara.

Ruf. ¡Y dirán que no progresan las ciencias! ¡Oh! pues teniendo la prima la presencia de usted, no hay en que reparar.

Ade. ¡Hola! ¿usted perdona cualquier defectillo corporal en favor de un rostro agradable?

Ruf. ¿Qué duda tiene? Los ojos son el espejo del alma. Pero esa visita...

Ade. (*Mirando hácia adentro.*) Se está acabando. ¡Ay! Adela se dispone á salir.

Ruf. ¡Qué diantre! y yo que deseaba verla... Usted no estrañará este deseo...

Ade. Antes lo estimo.

Ruf. Detenerla cuando va á salir fuera impolítico; pero...

Ade. La diré que cruce por el patio, y usted puede salirle al encuentro y hablarla.

Ruf. Sí, y acompañarla. Un millon de gracias por tanta bondad.

Ade. No hay por qué. Cuidado, no se asuste usted al ver á la prima.

Ruf. Si es como usted, no hay miedo.

Ade. Pues por lo mismo. Abur. (*Cierra las persianas y vase.*)

Ruf. A los pies de usted, señorita.

ESCENA IX.

DON RUFINO.

¿Asustarme? Si Adelita vale lo que su compañera de viaje, es una perla, una joya. Buenos y rebuenos son los patacones de doña Gertrudis; pero una mujer amable, aunque sea propia, tiene su valor. ¡Cáspita, y qué salada es la gaditanita!

ESCENA X.

DON FABIAN, *y luego* GREGORIA *y* TOMASA. — DON RUFINO.

Fab. (*Saliendo por la izquierda.*) Tampoco está por aqui la muchacha, y tengo que salir. Vamos, hoy toca desayunarse despues de siesta.

Tom. (*Saliendo por la derecha.*) Ea, ya despaché. ¡Huy, don Fabian! ya no me acordaba de usted. Suba usted á su cuarto, que allá voy corriendo con el chocolate.

Fab. No, no: vaya usted despacio, no se le vierta. (*Aparte.*) Si no hubiera aqui jente, le decia mil tempestades.

Tom. Pero usted ¿no viene?

Fab. Deme usted desde arriba una voz. (*Vase Tomasa.*)

Greg. (*Saliendo.*) Señor don Rufino, he dicho á doña Adelita prodijios de usted, y está tan contenta.

Ruf. ¿No va á salir?

Greg. La mantilla se estaba poniendo.

Ruf. Cuando salga, anúncieme usted á ella con cualquier pretesto.

ESCENA XI.

ADELA, *con mantilla, echado el velo, apoyada en una muleta, y cojeando.* UN CRIADO, *detras.*—DICHOS.

Ade. (*Al criado.*) Si, Pedro, vaya usted delante y pregunte eso al ama. (*Vase el criado.*)
Greg. (*Á don Rufino.*) Aquí está ya: mírela usted.
Ruf. ¡Jesucristo!
Fab. ¡Una coja!
Greg. El señor es el primo de usted, señorita.
Ruf. ¡Mi prima!
Ade. ¡Mi primo! ¡Querido primo! ¡Cómo me ha engañado usted! (*Quítase el velo.*)
Ruf. ¡La de la ventana!—El engañado he sido yo.
Ade. No tal: soy coja, pero no soy bizca.
Ruf. (*Aparte.* ¡Buena compensacion!) Yo ignoraba...
Ade. (*Aparte.* ¡Qué jesto ha hecho!) A una volcadura de un coche debo este flaco servicio. Yo le suponia á usted mas enterado de mi filiacion.
Fab. (*Aparte.*) Tiene gracia la cojita.
Ruf. Pues no: y por eso. (*Aparte.*) Yo no me caso con una inválida.
Ade. (*Aparte.* ¡Ni una espresion de cortesia siquiera!) En fin, ya nos hemos visto.
Ruf. El reconocimiento ha sido un poco glacial; pero...
Ade. Calmada la primera sorpresa, obra la sangre, digo la afinidad.
Ruf. Cierto, y fuera de este sitio...
Ade. Aun aquí, mi primo no me rehusará un abrazo.
Ruf. ¿Cómo era posible? (*Al tender Adela los brazos á su primo, cáesele la muleta y dale en un pie á don Rufino, que se aparta haciendo ademanes de dolor, mientras que Adela se apoya en Gregoria: la muleta permanece en el suelo.*)
Ruf. ¡Ay!
Ade. ¡Ay que le ha caido á usted la muleta encima!
Ruf. Sí, sobre la punta del pie. ¡Ay!
Ade. ¡Cuánto lo siento!

Ruf. Yo tambien.

Greg. (A don Fabian.) Alce usted esa muleta, hombre de Dios.

Fab. (*Alzándola.*) No me atreví...

Ade. Es mi estrella fatal, primo.

Ruf. Dígalo mi pie.

Ade. Iba á salir; usted hubiera podido acompañarme...

Ruf. (*Aparte.*) ¡Y que Gertrudis lo supiese!

Ade. Y por esta maldita casualidad... Reniego de mi muleta.

Ruf. (*Aparte.*) Amen.

Ade. (*Aparte.* ¡Y no se me ofrece el grosero!) ¿Le incomoda á usted mucho el golpe? ¿No puede usted andar, primo?

Ruf. ¡Ay prima! (*Aparte.* Ponderémosla para no acompañarla.) Mire usted como ando. (*Cojea.*)

Ade. Anda usted como yo.

Fab. (*Ofreciendo la muleta.*) Señorita...

Ruf. (*Aparte.*) Herencia y no boda: es preciso hacer que me aborrezca.

Ade. (*Aparte.*) Salió lo que yo pensaba: ya no me puede sufrir.

Ruf. Unos paños de agua y vinagre, creo que me harian al caso.

Ade. ¡Válgame Dios! ¡Qué daño le he hecho á usted, primo! (*Aparte.*) Apuesto á que lo finje por no salir.

Ruf. Estos pícaros callos... ¡Es tanta mi sensibilidad de pies...!

Fab. Señorita...

Ade. Asista usted á mi primo, Gregoria. Volvámonos adentro.

Ruf. ¡Oh! no deje usted sus dilijencias por mí.

Ade. (*Aparte.*) ¿Cómo le daria yo en ojos...?

Fab. Tenga usted la bondad de... (*Dándole la muleta.*)

Ade. Gracias. Usted es quien tuvo anoche la atencion...

Fab. Sí señora, el del lio.

Ruf. ¡Ay!

Ade. El criado no sabe las calles, y mi primo no me puede acompañar: ¿gustaria usted de ofrecerme su brazo?

Fab. ¿Yo? sí señora... ¡toma...! ¡vaya...! Si aquí don Rufino no se opone...

Ruf. Nada de eso. ¡Ay!

Ade. (*A don Fabian que se equivoca de brazo.*) Ese es el brazo de la muleta.

Fab. Perdone usted. (*Aparte.*) He de estar colorado como un pimiento.

Tom. (*Desde una ventana junto al tejado.*) Don Fabian, aqui tiene usted ya el chocolate.

Fab. (*Aparte.* ¡Maldita sea tu boca!) Hoy almuerzo fuera.

Ade. Sí, conmigo.

Fab. (*Aparte.*) ¡Ay Jesus! ¡y no llevo mas que medio duro!

Ade. Primito, á Dios.

Ruf. Abur.

Ade. Aliviarse.

Ruf. Divertirse.

Ade. (*Aparte.*) No será Rufino mi esposo.

Ruf. (*Aparte.*) A mi vieja me vuelvo.

Fab. (*Aparte.*) De hambre y de cortedad no veo la tierra que piso.

Ade. Por aqui, don Fabian.

Ruf. Por alli, Gregoria.

(*Adela cojeando, apoyada en don Fabian, se va por un lado, y por el otro don Rufino, cojeando tambien, y apoyado en Gregoria.*)

Acto segundo.

Sala de la habitacion de Adela. Puerta principal en el fondo y una de un gabinete á un lado. Un sofá y cerca de él un velador.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFINO *y* DON SILVESTRE, *que aparecen sentados.*

Silv. (*Levantándose.*) No, no es razon que espere usted mas. (*Yendo hácia la puerta del fondo.*) Perico. Gregoria.—Se han vuelto sordos.—Permítame usted que vea si están ahí, y que envie á uno de los dos á ver si viene esa chica.

Ruf. Déjelos usted, que ya mi prima no tardará.

Silv. No le hace, no le hace.—¡Perico! (*Vase.*)

ESCENA II.

DON RUFINO.

A este buen hombre ya le he calado: es un imbécil que puede servirme de mucho. El diantre de la cojitranca me sedujo al pronto; pero despues.... ¡Guarda, Pablo! Y el tio que me afirma que es incurable... Lo que antes dije: «herencia y no boda.» El papel que debo hacer con mi prima está reducido á dos puntos; jurar y perjurar que es-

toy pronto á casarme con ella, y al mismo tiempo digustarla de modo que no se atreva á cojerme la palabra. Es preciso improvisarla un novio inmediatamente. Don Fabian es el único para el caso. Sí, es preciso hacer que don Fabian quiera á mi prima y mi prima á él, y comprometerlos á los dos á casarse: con esto la herencia se me viene rodada.

ESCENA III.

DON SILVESTRE.—DON RUFINO

Silv. Ya le han dado al muchacho las señas y ha salido á buscar á mi sobrinita dichosa.

Ruf. ¿Qué necesidad habia de eso?

Silv. Hace dos horas que está usted aquí esperándola.

Ruf. ¿Y qué? mientras tanto usted y yo hemos hecho conocimiento.

Silv. ¡Cuidado que ha sido imprudencia de criatura hacer que el criado se vuelva á casa, y dejarse acompañar de un estraño!

Ruf. Y rogarle, que es más.

Silv. ¿Con que ella le rogó que le diese el brazo?

Ruf. Y don Fabian, á pesar de su timidez, no se hizo de pencas.

Silv. Ahora que hablamos de ese individuo, ¿qué casta de pájaro es?

Ruf. Es un literato de buhardilla con quien tropecé hará cosa de un año, por ser yo entonces editor responsable de un periódico, para el cual encargaban de cuando en cuando á ese mozo algun articulejo de municion.

Silv. Ya: en la redaccion se verian ustedes.

Ruf. No señor: los editores responsables no parecen por las redacciones. Como nada tienen que hacer allí...

Silv. ¿No ven lo que firman?

Ruf. Si su obligacion es firmar sin ver. Al editor se le envian en blanco unos pliegos de papel de imprimir, él echa en ellos su garabato, y el redactor los llena con lo que mejor le parece. Este fué el motivo de conocernos Fabian y yo. Me llevó á casa un par de artículos para que viera si queria autorizarlos con mi firma, y yo conociendo en es-

te paso su ignorancia completa de las costumbres periodísticas, le hice preguntas, le dí consejos, y desde aquí datan nuestras relaciones, que se reducen á habernos hablado media docena de veces para algunos asuntillos de imprenta.

Silv. ¿Creerá usted, señor don Rufino, que ese jóven no me da buena espina?

Ruf. El es un tonto, y eso tiene adelantado para hombre de bien.

Silv. Esta mañana cuando le pregunté como se llamaba, casi no acertó á responderme. ¿Qué hombre de bien teme decir su nombre?

Ruf. Pues hoy es cuando le he visto mas intrépido que nunca. Bien que la curiosidad de conocer á la nueva huéspeda.... Anoche, creo que se hizo encontradizo con ustedes.

Silv. Anoche nos le encontramos en el portal; esta mañana me le encontré en el patio; despues ha vuelto, y se ha encontrado con Adela: de modo que á pesar de la cortedad del anjelito, viendo estoy que un dia me le voy á encontrar en la sopa.

Ruf. (*Aparte.* Aquí de mi plan.) Señor don Silvestre, su penetracion de usted confirma mis recelos. Yo tambien he sospechado que don Fabian se inclina á mi prima.

Silv. Perdone usted; yo no habia penetrado tanto.

Ruf. No vale disimular: usted no es lerdo y los indicios saltan á los ojos. Fabian se halla en un estado infeliz; ha supuesto rica á mi prima, la ha visto coja, la ha creido mas fácil de alcanzar, y hasta ahora no lleva mal camino.

Silv. Pues en usted consiste el echarle á un lado. ¿Está usted en ánimo de casarse con Adela?

Ruf. Si ella me quiere, al punto.

Silv. ¿A pesar de su cojera?

Ruf. Ya sabe usted el refran: la buena casada, la pierna quebrada.

Silv. ¿Cesará usted de visitar á esa otra señora mayor?

Ruf. ¿A doña Gertrudis? Si le he dicho á usted que solo mantenia con ella relaciones de interés, ó por mejor decir, de intereses.

Silv. Entonces usted será mi sobrino. Trate de hacerse querer de Adelita, y cuente usted con mi ausilio.

Ruf. Lo acepto con entusiasmo. Oiga usted lo que debemos hacer.

Silv. Disponga usted de mí.

Ruf. Adelita quizá no venia muy dispuesta á prendarse de mi persona.

Silv. Cierto, y los informes que nos han dado de usted no la han dispuesto mas favorablemente.

Ruf. Yo sospecho que se ha picado porque no he salido con ella.

Silv. Hizo usted un disparate de los que una niña tarde perdona.

Ruf. Adela, por lo mismo que no me quiere, debe estar muy propensa á dejarse querer de otro.

Silv. Sin embargo, como tiene que decidir de hoy á mañana...

Ruf. El ser simple tal vez es un mérito para con las mujeres.

Silv. Para con algunas no diré que no.

Ruf. Por eso lo primero que debemos hacer es combatir la propension que Adela pueda tener á inclinarse á Fabian.

Silv. Yo le diré que cometeria un absurdo si se encaprichara por ese títere.

Ruf. No, lo que debe usted hacer es dar por supuesto que se ha encaprichado.

Silv. ¡Hombre!

Ruf. Y reconvenirla por ello: esto da mas pie.

Silv. Verdaderamente...

Ruf. Y si ella niega que él piense en ella, sostenerlo de firme.

Silv. Yo reuniré datos, yo haré observaciones...

Ruf. Lo que ha de hacer usted es convencerla de que él la quiere y aun que ella misma suspira por él.

Silv. ¡Animas benditas! ¿Adónde va usted á parar?

Ruf. ¿No ve usted que se trata de desimpresionarla? Es menester no dejarla vivir, hasta que acosada, aturdida, aburrida, se le haga saltar y tome una resolucion... favorable á mí.

Silv. Usted me seduce con su elocuencia, me aturde tambien y me inspira su propio entusiasmo. Sí señor, yo predicaré, yo machacaré, yo desesperaré á mi sobrina, para que usted sea mi sobrino. De un modo ú otro, usted heredará al tio de Indias.

Ruf. Ese es mi único objeto.

ESCENA IV.

ADELA. DON FABIAN. — DICHOS.

Ade. Ya estamos de vuelta.
Silv. Ya era hora.
Ruf. Bien venidos, señores.
Fab. (*Queriendo retirarse.*) Con permiso...
Ade. ¿Se pasó ya el dolor?
Ruf. Cuando la he visto á usted, ha cesado.
Ade. Bueno es que de la que hizo el daño salga el remedio.
Fab. Si ustedes permiten...
Ade. Ustedes me dispensarán que vaya á quitarme esta ropa.
Silv. De camino que vas á tu cuarto, te diré en el gabinete cuatro palabras.
Fab. (*Despidiéndose.*) Señorita...
Ade. Adios, don Fabian: no se olvide usted de mi encarguito.
Fab. ¡Oh! pierda usted cuidado.
Silv. (*Yéndose con Adela.*) ¡Encarguillos tenemos! (*Vanse los dos.*)

ESCENA V.

DON FABIAN. DON RUFINO.

Ruf. Amigo don Fabian, no dirá usted que no le favorecen las damas.
Fab. Hasta ahora no tengo mucho que agradecerles.
Ruf. Ambiciosillo es usted. ¿Le parece poco acompañar á una niña y almorzar con ella? Porque supongo que usted no estará todavia en disposicion de decir misa.
Fab. Poco menos. Pero ¡de qué susto he salido! Cuando estuvimos en la calle, Adela mandó retirar al criado y me dijo que primero iriamos á casa de un señor antiguo, camarada que fué del padre de ella. Harto me asustan á mí las visitas; pero, ¡qué trasudores me daban cuando pasábamos por delante de una fonda! Diez reales de vellon era todo lo que llevaba en el bolsillo.

Ruf. ¡Ah, ah, ah!

Fab. Yo rezaba á todos los santos del cielo para que me librasen de aquel apuro, yo iba tropezando con todos, consumido de angustia y sin atreverme á decir á la pobre coja: «esta boca es mia.» Llegamos á la casa del señor consabido, que es un castellano viejo que vió construir la puerta de Alcalá, y vive aun á la usanza de su pueblo: apenas nos habiamos sentado, cuando ya habia prevenido al ama que sacase las once. ¡En la vida podré yo pagar á aquel santo varon la merced que me ha hecho! Amigo, nos pusieron una mesa con tantas viandas y tanto lujo, que apenas me atreví á probar un bocado.

Ruf. A la vuelta ya tendria V. menos cortedad con mi prima.

Fab. Sí señor, animado por su bondad, y libre de tener que confesar el estado de mi bolsillo, pude responder á las preguntas que me hacia.

Ruf. ¿Y qué encargo es ese que le ha hecho á usted?

Fab. Son dos: el té que le han servido esta mañana no le ha gustado, y desea que pregunte dónde lo hay bueno: necesita ademas una criada, y me ha pedido que avise en la ajencia.

Ruf. ¿Y qué clase de preguntas hacia?

Fab. Principalmente sobre los usos y costumbres de Madrid. Por ejemplo: me preguntó si pareceria mal salir por la noche al patio á tomar el fresco. Yo dije que no habia inconveniente.

Ruf. Ya lo creo. ¿Y qué infiere usted de esa pregunta?

Fab. Que tendrá de noche calor en su cuarto.

Ruf. ¿Y nada mas deduce usted?

Fab. ¿Qué mas?

Ruf. Lo que veo yo, lo que está patente.

Fab. Soy un topo: nada columbro.

Ruf. Don Fabian, hablemos claro. Mi prima le ha escojido á usted por su guia, su confidente, su ajente. Por modesto que usted sea, no me podrá negar que estas confianzas prueban una cosa.

Fab. ¿Cuál?

Ruf. Que mi prima le tiene aficion á usted.

Fab. ¿Está usted en su juicio? ¡A mí!

Ruf. A usted, á usted.

Fab. Credulidad se necesitaba para persuadírselo. ¡Una mujer que me ha visto anoche por primera vez!

Ruf. Por la impresion de la primera vez se suele amar.

Fab. A una persona que posea cualidades aventajadas, pase; pero ¡á mí!

Ruf. ¡Puede usted quejarse! ¿Es usted feo?

Fab. Hombre...

Ruf. ¿Es usted tonto?

Fab. A lo menos dicen que lo parezco.

Ruf. Recomendacion para ser querido.

Fab. Y el ser pobre ¿es tambien recomendacion?

Ruf. Es que Adela no es rica.

Fab. ¿No heredan usted y ella al indiano?

Ruf. ¡Valiente friolera! ¿Sabe usted lo que le tocará á mi prima, segun mi cuenta? Unos seis mil reales anuales.

Fab. ¿Nada mas? Eso es lo que vengo yo á ganar con mis articulillos.

Ruf. Y eso cuando se los pagan á usted. Casándose ustedes dos, juntaban doce mil, que ya dan para ir pasando medianamente. Porque eso sí, como usted se case con Adela, los seis mil del pico no hay quien se los quite. Y como usted ni es muy ambicioso, ni debe tampoco prometerse un gran porvenir...

Fab. ¿Qué me he de prometer si llevo ya mil desengaños de que no sirvo para ninguna carrera? ¿A quién me presento yo, que no me tenga por un idiota? Que entro en una casa para el manejo de papeles, ó en una asociacion literaria: como los primeros dias ando aturdido y fuera de mí, cometo mil errores; y antes que llegue á cobrar confianza y acreditarme, ya se han hartado de mí, ú otro mas resuelto me ha birlado la plaza. No se hable de pretender, porque una vez que me propuse dar un memorial, aunque tuve ánimo para llegar á los ministerios, no me atreví á pasar de la portería.

Ruf. Pues ya ve usted: con ese carácter, difícil será que usted medre ni haga jamás una gran boda.

Fab. Y tan difícil como es.

Ruf. Mi prima le convenia á usted. Usted que tan filosófo se muestra escribiendo, debia preferir en una esposa lo moral á lo físico.

Fab. Seguro que debe preferirse.

Ruf. Y en realidad, para una mujer, el uso espedito de ambos pies es un puro lujo. Las cojas andan, las cojas corren: lo que no pueden hacer es bailar; pero una casada debe renunciar al baile.

Fab. Y las solteras que bailen como yo, tambien.

Ruf. Con que ánimo, don Fabian. Usted se debe casar con Adela.

Fab. Para casarse se necesita quererse.

Ruf. En mi opinion no es muy preciso.

Fab. En la mia sí. Y como yo no he pensado en tal cosa...

Ruf. ¡Oh! pues la muchacha lo merece. El tio dice que es la misma amabilidad y virtud.

Fab. Será un anjel; pero yo no la quiero.

Ruf. Vamos, que es imposible que á usted le disguste.

Fab. Tampoco me disgusta: me es indiferente, pues al cabo es una mujer á quien hoy principio á tratar. Ahora, si mas adelante... sobre todo, si ella me quisiera...

Ruf. Si ella le quisiera á usted, ¿la corresponderia?

Fab. Por urbanidad... por agradecimiento al menos... debia uno... Siempre es lisonjero el verse querido.

Ruf. Pues usted lo es.

Fab. ¡Bah!

Ruf. Prueba al canto.

Fab. ¡Qué!

Ruf. Irrecusable. Adela le ha dado á usted una cita.

Fab. ¿Cómo? ¿cuándo?

Ruf. ¿Todavia no ha caido usted en ello, hombre de Dios? ¿No le ha dicho Adela á usted que esta noche queria salir á tomar el fresco al jardin?

Fab. Sí tal, asi que anocheciera.

Ruf. Pues ahí tiene usted la cita con todas sus circunstancias: dia, sitio, y hora: ¿quiere usted mas? ¿Cómo se dan las citas de amor al principio?

Fab. Como esta para mí será la primera...

Ruf. Ya se conoce. Pues, querido, si usted es hombre de honor y vergüenza, no debe faltar.

Fab. Hombre de vergüenza sí soy: de muchísima. Pero ¿y si es todo una ilusion de usted?

Ruf. El modo de desengañarse es acudir.

Fab. Eso verdad es. Acudiendo y mirando bien lo que hablo... No propasándome á una declaracion...

Ruf. ¡Ah! ¡quiere usted que ella sea la que se declare! Me parece que cuando da el primer paso, no se le caerá á usted la venera si da el segundo.

Fab. Pero se me caerá el alma á los pies si me contesta con un réspice.

Ruf. Ninguna jóven se enfada porque la requieran de amores. Y ademas ¿qué juicio formaria usted de una dama que á la primera insinuacion se rindiera? Muéstrese usted muy fino y muy apasionado, y no le desdeñarán á usted, no.

Fab. ¿De dónde he de sacar yo una pasion que no siento?

Ruf. Tanto mejor para ponderarla. Estudie usted su papel, piense usted antes lo que ha de decir.

Fab. ¡Oh! por pensarlo no quedará. Para cualquier asunto que tenga que tratar con una persona, me prevengo antes en casa. Me siento, cavilo en silencio al principio; luego me enfrasco; me levanto de la silla hablando solo; doy mil vueltas á la cuestion; y cuando llega el momento, y la tal persona me sale con un reparo que no se me ha ocurrido, me quedo hecho un pasmarote, encajo una necedad y ciento en seguida.

Ruf. Afortunadamente en esta ocasion no puede usted errar. Si habla usted á Adela con desembarazo, su elocuencia de usted la persuadirá; si se muestra usted tímido, considerará ella la timidez como una señal de amor; y en ambos casos debe usted prometerse una respuesta favorable. Con que, ¿bajará usted al patio?

Fab. (*Aparte.* Yo de buena gana le diria que no; pero si no me atrevo.) Usted me ataja por todos lados. No estoy convencido; pero no sé qué responder. En fin, una señorita coja será menos descontentadiza que otra que esté en mejor pie.

Ruf. Es decir...

Fab. Es decir que acudiré á la dichosa cita... que Dios sabe aun si es cita ó no.

Ruf. Bien. Pues retírese usted á estudiar dulzuras para el coloquio.

Fab. No: antes voy á desempeñar los encargos de Adela. (*Vase.*)

Ruf. Al galan involuntario ya le tengo medio convencido: falta ver cómo se nos presenta la dama.

ESCENA VI.

ADELA. — DON RUFINO.

Ade. Perdone usted que me haya entretenido tanto.

Ruf. He conversado con don Fabian, que por cierto me ha divertido mucho.

Ade. No ha sido tan divertida mi conversacion con el tio. Una repasata me ha echado...

Ruf. Cosas de señor mayor.

Ade. Cosas de señor que todo se lo cree. ¿Qué tonterias le ha dicho usted acerca de ese don Fabian, que me ha aturdido toda con ellas?

Ruf. Primita, ¿no podriamos hablar de algo mas importante que ese sujeto?

Ade. Para mí todo es mas importante que él. Diga usted.

Ruf. ¿No seria oportuno que principiásemos á tratar de nuestros negocios particulares?

Ade. Segun los que sean.

Ruf. Yo aludia al testamento del tio difunto.

Ade. ¡Tanta prisa! Considere usted que he llegado á Madrid ayer.

Ruf. Considere usted que el plazo para decidir nuestra suerte cumple mañana.

Ade. En efecto: segun el testamento de don Gabriel, ó para mañana habia yo de estar casada con pariente suyo, ó al otro dia pasaba á usted el derecho á la herencia.

Ruf. La llegada del testamento se ha retardado...

Ade. Por lo cual es imposible que se casen mañana los que hoy mismo aun no se conocian.

Ruf. Sin duda: ¿qué diligencias cabe practicar en veinte y cuatro horas? Apenas habria tiempo de tomarse los dichos.

Ade. Para tomarse los dichos hay que convenir primero en lo que se ha de decir; esto pide tiempo; y así á entrambos nos estaria bien acordar una próroga lo mas larga posible.

Ruf. Lo mas breve, diria yo; y lo que es por mí no la necesito.

Ade. ¿Usted ha tomado ya su resolucion?

Ruf. Decisivamente.

Ade. Me figuro ya cuál será.

Ruf. No es difícil.

Ade. No: y por si á usted le cuesta trabajo esplicarse, yo seré su intérprete.

Ruf. Veamos.

Ade. Mujer que como yo necesita un apéndice para andar, mal puede inspirar una pasion repentina.

Ruf. ¡Oh! eso...

Ade. Hombre que como usted ya no es criatura, y ha vivido casi siempre en Madrid, debe ser de paladar muy delicado.

Ruf. Es que usted...

Ade. Por consiguiente mi primo no querrá casarse con su prima. ¿No es esto lo que iba usted á decirme en limpio? Confiese usted que sí, que yo no me enfadaré por eso.

Ruf. ¡Hola! ¿no se enfadará usted, primita? Eso es decir que usted me daria calabazas de buena gana. Es usted muy dueña.

Ade. Ya: como que á usted no le pesaria librarse de una mujer contrahecha y hallarse con una herencia muy cabal.

Ruf. Ni á usted le disgustaria que yo renunciase á su mano, dejándola con su libertad y la herencia. El argumento es aplicable á los dos.

Ade. Hay antecedentes en contra de usted. Usted ha sido siempre mas aficionado á galanteos que al matrimonio.

Ruf. Tampoco usted le habrá tenido grande aficion cuando no se ha casado.

Ade. ¿Tantos hombres hay capaces de querer á una coja?

Ruf. ¿Hay muchas mujeres que quieran á un pobre?

Ade. Lo cierto es que ayer usted no salió á recibirme.

Ruf. Vine hoy temprano.

Ade. Y se entretuvo usted á mi ventana con una jóven que suponia usted no era yo.

Ruf. Pero esa jóven, que es usted, me agradó infinito.

Ade. Mientras me vió usted en busto, que cuando me vió de cuerpo entero...

Ruf. Me sorprendió en efecto que la torcidura de los ojos se hubiera trasladado á una pierna; pero usted, en vez de

mostrárseme amable, se burló de mí y se fué á visitas con un advenedizo.

Ade. Porque usted no quiso acompañarme.

Ruf. Porque usted me imposibilitó.

Ade. Señor don Rufino, valga la verdad. Usted no quiere casarse conmigo.

Ruf. Eso es lo que yo he sospechado de usted.

Ade. Tal vez seriamos infelices casándonos.

Ruf. Si uno de los dos se empeña, de fijo.

Ade. ¿No podriamos hacer una transaccion útil á uno y otro, ya que los dos queremos nuestra libertad, y por desgracia necesitamos dinero?

Ruf. (*Aparte.* Ya capitula.) Segun y conforme.

Ade. ¿No podriamos partir la herencia?

Ruf. Partirla, bien; pero ¿de qué suerte?

Ade. ¿De qué suerte? Señor, á medias.

Ruf. Querida prima, permítame usted una observacion. Usted ha pedido la primera que se prolongue el plazo; usted ha declarado espontáneamente que no se incomodaria porque yo desistiera de pretender su mano; usted ha propuesto la primera que dividiéramos los bienes del tio: usted que es la que falta á la condicion del testamento, parece que debia contentarse con el reparto hecho por el testador.

Ade. Ya: la pension para mí, y lo demas para usted.

Ruf. En justicia eso debia ser.

Ade. ¡En justicia! La cuestion no era de justicia sino de delicadeza, y ahora veo que usted ni asomo de ella tiene.

Ruf. ¡Prima! (*Aparte.*) Esto marcha.

Ade. ¡Mire usted qué hombre, para quererle, para decidirse por él de hoy á mañana! Un egoista, dominado solo por el vil interés, un mal pariente que abusa de la honradez y tierno corazon de una huérfana, que no quiere, ni puede, ni debe dar su mano sino á quien la merezca, á quien le pague su amor.

Ruf. No es culpa mia si usted me le rehusa; y pues que tal es su decision... (*Hace que se va, y dice aparte.*) Yo triunfo.

Ade. (*Aparte.*) Me he precipitado sin necesidad: probemos el medio contrario.) Señor don Rufino...

Ruf. (*Volviendo.*) Señorita...

Ade. (*Aparte.* Para desdecirse, siempre hay tiempo.) Antes que rompamos del todo, exijo de usted una contestacion categórica.

Ruf. ¿Sobre..?

Ade. Sobre el asunto en cuestion. ¿Usted está pronto á ofrecerme su mano?

Ruf. Bajo todos conceptos debo responder á usted y le respondo que sí.

Ade. Pues bien: disponga usted que se firmen nuestros esponsales mañana.

Ruf. (*Aparte.* Esto va con segunda.) Hoy si usted quiere.

Ade. Hoy no, porque esta tarde la quiero destinar á una averiguacion prévia. Quiero saber qué especie de relaciones mantiene usted con doña Gertrudis Ciscon.

Ruf. (*Aparte.* ¡Malo!) Me ha adelantado unos fondos.

Ade. Yo sabré la casa de esa señora, y la visitaré.

Ruf. (*Aparte.* ¡Demonio!) Yo le daré á usted las señas. (*Metiendo la mano en un bolsillo.*) No tengo aquí mi cartera.

Ade. No faltará donde escribirlas. (*Llama.*) Gregoria.

ESCENA VII.

GREGORIA.—DICHOS.

Greg. (*Dentro.*) Señora.

Ade. (*Alto.*) Un tintero y papel.

Ruf. (*Aparte.*) Pondré las señas de mi antigua patrona, doña Tiburcia, y la haré finjirse doña Gertrudis.

Ade. (*Aparte.*) Se me figura que está inquieto.

Greg. (*Saliendo.*) Aquí está el recado de escribir.

Ade. Déjelo usted aquí y váyase. (*Gregoria pone el tintero y el papel en el velador inmediato al sofá, despues de lo cual se retira, mientras don Rufino escribe.*)

ESCENA VIII.

ADELA. DON RUFINO.

Ade. En dando las seis, tomo la muleta y la mantilla, y sea

hora conveniente ó no sea, nos encajamos en casa de esa señora mi tio y yo.

Ruf. La urjencia del caso lo disculpa. Aquí estan las señas. Calle de Hortaleza, frente á la fuente de los Galápagos.

Ade. Mire usted que yo he de sonsacar por todos los medios posibles á doña Gertrudis.

Ruf. No tengo miedo.

Ade. Como usted haya tratado matrimonio con ella, yo lo he de saber: las viejas no niegan eso nunca.

Ruf. Pero si lo niega, ¿se casará usted conmigo?

Ade. Como no haya inconveniente por usted, sí.

Ruf. (*Aparte.* Yo pondré remedio.) El inconveniente que pudiera haber quedará zanjado ahora mismo. Yo soy menos desconfiado que usted, y aunque necesito ciertos informes, quiero debérselos á usted misma. Si nos casamos, ¿dará usted al olvido su naciente inclinacion á don Fabian?

Ade. ¿A don Fabian? Aquí tenemos otra vez la manía del tio.

Ruf. ¡Oh! pues cuando el tio lo cree, no es estraño que yo me lo tema.

Ade. El tio y usted deliran.

Ruf. Usted esta mañana le ha concedido á don Fabian una distincion...

Ade. De que me hubiera guardado muy bien, si ese sujeto no me fuera del todo indiferente.

Ruf. Pues, primita, él no la mira á usted con indiferencia.

Ade. Suposicion.

Ruf. Acabo de hacérselo confesar.

Ade. Permítame usted que lo dude. A mí no me ha hecho ni la mas leve insinuacion.

Ruf. Pues no tardará en declararse.

Ade. Si se declara, le diré que me caso con usted, y se acabó la historia.

Ruf. ¡Oh! dígaselo usted con todas las precauciones posibles, porque sino...

Ade. ¿Qué sucederia?

Ruf. Todo hombre tímido es sensible en estremo, y con una respuesta dura seria capaz ese infelíz de tirarse al canal. ¡Un primer amor malogrado!

Ade. ¿Un primer amor?

ESCENA IX.

GREGORIA.—DICHOS.

Greg. Señorita.

Ade. ¿Qué hay?

Greg. (*Al oido á Adela.*) Don Fabian me ha dado con mucho sijilo un papel para usted.

Ade. (*Alto.*) ¡Don Fabian!

Ruf. Si estorbo...

Ade. Al contrario. Gregoria, repita usted, para que el señor lo oiga, lo que me acaba usted de decir.

Greg. Ya que usted lo manda, lo haré. Don Fabiancito ha llegado ahora á la puerta sudando como un pollo, me ha dejado este cucurucho (*Lo saca.*), y me ha encargado que le dé á usted esta cartita.

Ade. (*Tomándola y dándosela á don Rufino sin abrirla.*) Hágame usted el favor de leerla; que yo (*Tentando el cucurucho.*) ya supongo su contenido. (*Hace una seña á Gregoria, y vase esta. Durante la escena siguiente se la ve algunas veces cruzar por el fondo.*)

ESCENA X.

ADELA. DON RUFINO.

Ruf. Veamos. (*Abre y lee.*) «Adelita, con el mas vivo interés acabo de desempeñar la doble comision con que usted me ha honrado.»

Ade. ¿No lo dije? Adelante, que ya vendrá lo bueno.

Ruf. No se ria usted, que este diminutivo de *Adelita*, y este *vivo interés* no se han puesto aquí á humo de pajas.

Ade. Prosiga usted.

Ruf. (*Lee.*) «Comision con que me ha honrado, y que perteneciéndole á usted no podia menos de serme preciosa.» ¡Qué tal! ¿y esto?

Ade. Es pura cortesía y no mas.

Ruf. (*Lee.*) «Yo no he podido encontrar tè mejor... que el

que despachan en la lonja cuyas señas espreso abajo.»

Ade. Y de eso ¿qué me dice usted?

Ruf. (*Lee.*) «Y del cual dejo á usted una muestra.»

Ade. Aquí está: si usted gusta...

Ruf. (*Tomando el cucurucho.*) Pues para muestra, lo menos le ha traido á usted media libra. Regalar asi quien apenas tiene para comer, digo, ¿es prueba de amor?

Ade. (*Aparte.*) ¡Pobrecillo!

Ruf. (*Lee.*) «Respecto á la criada, me han informado de una que gusta mas de servir á una ama que de servir á un amo, cualidad rarísima, que en Madrid es inestimable: la verá usted mañana. Beso los pies... &c.—P. D. Además del té perla, del que yo tambien hago uso, hay en la misma lonja té negro, que el comerciante me ha ponderado en su jénero por el mejor.»

Ade. ¿No dice mas?

Ruf. No señora.

Ade. ¡Oh! es menester que mi tio oiga esta derretida epístola amatoria. (*Yéndose.*) Tio, tio. (*Entra en el gabinete.*)

ESCENA XI.

DON RUFINO.

Por mas que diga, no ha recibido mal la noticia del supuesto amor de Fabian.—¿Se pudiera sacar todavia mas partido de este papel? Yo me acuerdo de haber leido en una novela que dos personas se daban ciertos avisos por medio de un periódico, en el cual rebuscaban las palabras ó sílabas precisas para su idea, las señalaban con una rayita sutil por debajo, leia cada cual lo rayado por el otro, y se enteraban recíprocamente. (*Lee.*) «Adelita, con el mas vivo interés...» Si al nombre de Adela siguiese un epíteto como *hermosa, interesante, preciosa*... ¡Calle! la palabra *preciosa* está escrita á los cuatro renglones; mi prima no ha visto aun el papel: voy á subrayar el nombre propio y el adjetivo. (*Toma la pluma y raya.*) A ver si hay voces en la carta con que poder construir una frase. No... por aqui no.—Tampoco. Pero ¿qué digo? Sí tal: perfectamente. Rayo aqui: otra raya acá, y el sustantivo se trueca en pro-

nombre: otra aqui, y este nombre se convierte en verbo. Ni de encargo podia Fabian haber escrito mas á propósito su billete. Tantas rayas, que son bien gordas, le han de chocar á Adela forzosamente; y al momento que lea dos dicciones de las subrayadas, cae en la cuenta. Ya vienen: disimulemos.

ESCENA XII.

DON SILVESTRE. ADELA.—DON RUFINO.

Ade. Salga usted y verá un trozo de prosa galana de mi nuevo amante.

Silv. ¿Qué prosa viene á ser esa?

Ruf. La de una carta de don Fabian que yo sostengo que es una especie de declaracion de amor, y Adela no quiere creerlo. Léala usted y decida, y á la noche me participará su dictamen. Ahora tengo precision absoluta de separarme de ustedes. (*Da el papel á don Silvestre.*)

Ade. Vaya usted con Dios, primito, vaya con Dios.

Ruf. (*Aparte.*) Corro á dar á doña Tiburcia sus instrucciones y su propina. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ADELA. DON SILVESTRE.

Silv. (*Lee.*) «Adelita, con el macizo interés...»

Ade. Lea usted bien, por Dios.

Silv. Es que está inicuamente escrito. ¡Ah! (*Lee.*) «Con el mas vivo interés... acabo de desempedrar...—No, de desempeñar.—Acabo de desempeñar la doble comision con que usted me ha honrado...» Ya, son los encargos de que me hablaste.

Ade. Lea usted.

Silv. En efecto, aqui los especifica: el té y la criada. No hay duda en que esto no es una declaracion de amor; pero el tonillo meloso con que está escrita, la prontitud con que ha ido ese hombre á evacuar esas dilijencias... ¡Calla! ¿Qué diablos sale aqui?

Ade. Ustedes se han empeñado en hacer pretendiente mio

á mi paje de esta mañana, y lo mismo piensa él en mí que yo en él.

Silv. Cabal: en lo rayado está la trampa. ¿Con que dices que don Fabian no se acuerda de tí?

Ade. Como yo de él, lo repito.

Silv. ¿Qué mas quisiera el muy necio para reirse? ¿No has visto tú esta carta?

Ade. Se la mandé abrir al primo y él la leyó.

Silv. Pues mírala ahora, y te convencerás de que tenia don Rufino razon.

Ade. ¿Razon? Leamos. (*Lee.*) «Adelita, con el mas vivo interés...»

Silv. El nombre de *Adelita* tiene una raya por debajo para llamar la atencion. Adelante.

Ade. Mmmm. (*Lee.*) «Pertene ciéndole á usted, no podia menos de serme preciosa.»

Silv. El adjetivo *preciosa* está subrayado tambien.

Ade. (*Lee.*) «Yo no he podido encontrar té mejor.»

Silv. Los dos monosílabos *yo* y *te* subrayados.

Ade. ¡Qué diantre! (*Lee.*) «En la lonja...» Mmm...—«Respecto á la criada...» Mmm... «gusta mas de servir á una ama que de servir á un amo.»

Silv. Subrayado el *amo*. Lee ahora de seguido todas las voces rayadas.

Ade. (*Lee.*) «Adelita... preciosa... yo... te... amo.» ¡Cosa mas particular!

Silv. Pues todavia falta: continúa.

Ade. (*Lee.*) «Cualidad... Mmm... inestimable.»

Silv. *Inestimable*, con raya.

Ade. (*Lee.*) «Ademas del té perla...»

Silv. Con raya el *perla*.

Ade. Y tambien con su rayita los dos monosílabos de arriba *yo* y *te*.

Silv. Sigue.

Ade. (*Lee.*) «El comerciante me ha ponderado en su jénero...»

Silv. Las tres últimas letras de la palabra «ponder*ado* y las dos de «géner*o* tambien tienen su cacho de raya. Une ahora.

Ade. (*Lee.*) Inestimable... perla... yo... te... adoro.» ¡Qué aprension!

Silv. Ahí tienes. «Adelita preciosa, yo te amo: inestimable perla, yo te adoro.» ¿Qué tal? ¿Negarás ahora que esta es una declaracion?

Ade. ¿Cómo he de negarlo si es evidente?

Silv. ¿Negarás ahora que te quiere don Fabian?

Ade. A lo menos aqui lo dice, y dos veces para que no haya duda.

Silv. ¿Y te quedas tan fresca, sin incomodarte, sin hacer añicos ese papel?

Ade. ¿Por qué? El artificio, aunque pueril, no deja de tener gracia. No le creí yo á don Fabian con tanto injenio.

Silv. ¿Ya le alabas?

Ade. Sí por cierto. Vea usted: mi primo con toda su trastienda no habia conocido ese secreto á voces: prueba de que no seria capaz de hacer otro tanto.

Silv. ¿Ya le prefieres á tu primo?

Ade. Motivos habria: algo mas de delicadeza deja ver don Fabian que Rufino.

Silv. Cuando una persona nos gusta, todas son perfecciones en ella.

Ade. Pero ¿usted se figura que quiero á don Fabian?

Silv. Empiezas á quererle, sí.

Ade. Pues se equivoca usted. Él sí me quiere: eso ya está visto: yo se lo agradezco, y aquí se acabó.

Silv. Por agradecer se empieza.

Ade. Creo que será un buen amigo.

Silv. La amistad es la tercera del amor.

Ade. Es de estimarle que no se haya desdeñado de acompañar á una coja.

Silv. Por el pie te ha cojido.

Ade. Pero de esto á cobrarle cariño hay una distancia infinita.

Silv. Yo te creeré si mañana te decides á casarte con tu primo.

Ade. Pues bien, tanto me aburren usted y él, que para que vean que don Fabian me es del todo indiferente, si esta tarde averiguamos que mi primo no ha tratado de casarse con doña Gertrudis, me caso con él.

Silv. Admito la condicion: ese es el matrimonio que te conviene. Y para que el don Fabiancito no te vuelva á mo-

lestar con billetes de máscara, yo le diré esta noche lo que hace al caso.

Ade. ¡Jesus! De ningun modo.

Silv. A la hora de la cena subiré á su camaranchon, y le pediré que me componga, por mi dinero, unos versos para tus bodas.

Ade. Seria insultarle.

Silv. Y de camino le volveré el té que nos ha traido. (*Lo coje.*)

Ade. Seria un desprecio.

Silv. Y en señal de tu boda le llevaré un cucurucho de dulces de calabaza.

Ade. No haga usted tal cosa.

Silv. No hay que darle vueltas: yo he resuelto apadrinar á Rufino, y esta noche te he de dejar libre de las persecuciones de ese otro baboso. (*Yéndose.*)

Ade. Oiga usted.

Silv. Nada.

Ade. Va usted á desesperarle.

Silv. Que se ahorque: un tonto menos. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ADELA.

Tio. No me atiende. Tio. Si le dice esas atrocidades á don Fabian, se va el pobre á morir de sonrojo. Es menester que mi tio no le vea; es menester que antes le hable yo y le prevenga con buenos modos; ya que me quiere, me toca impedir que le traten mal por mi causa. No me queda mas recurso que mandarle á decir que esta noche necesito hablar con él en el patio. ¡Vea usted aqui á una pobre mujer precisada á dar una cita á un hombre con quien no tiene maldito el interés! Reniego, amen, del tio, del primo, y de esa fatal herencia que parece que me la ha enviado el enemigo para que me case contra mi gusto. (*Arroja la muleta, y éntrase precipitadamente en su cuarto, olvidándose de cojear.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.

La decoracion del patio jardin.—Principia á anochecer.

ESCENA PRIMERA.

DON RUFINO. GREGORIA.

Ruf. Al fin me ha obligado usted á contárselo todo.

Greg. Como si ya no me hubiese figurado yo lo que pasa. Yo sé quien es doña Gertrudis Ciscon y que tiene su habitacion en la Red de San Luis: de modo que cuando me dió parte doña Adela de que iba á visitar á la tal señora, y que usted le habia dicho que vivia en la calle de Hortaleza, al momento dije: «aqui hay intringulis.»

Ruf. ¿Dijo usted eso á mi prima?

Greg. ¡Eh! no: me lo dije á mí misma, allá en mis adentros.

Ruf. (*Dándole dinero.*) Reciba usted esto por ahora. Por Dios que no me descubra usted.

Greg. Acuérdese usted de las travesuras que hacia cuando yo estaba en casa de papá, y le ayudaba á usted en ellas. ¿Quién las ha sabido? Nadie. Yo le aseguro á usted que no se arrepentirá de haberse fiado de mí.

Ruf. Es que esta mañana me calló usted que mi prima era coja.

Greg. Porque ella me lo encargó: ahí verá usted mi fidelidad. Yo sirvo á todo el que se vale de mí, se entiende si me paga: sirvo á unos contra otros á veces; pero á cada cual segun su intencion.

Ruf. ¿Cómo es que don Silvestre no ha ido con Adela á casa de doña Tiburcia?

Greg. Ya se marchaban juntos á ver á tal doña Tiburcia, ó sea la doña Gertrudis postiza, cuando recordó don Silvestre que tenia que despachar una carta, por lo cual se quedó en casa escribiendo, y la señorita fué con el criado. Salió despues el tio á certificar la carta, y desde Correos hacia cuenta de dirijirse á casa de doña Tiburcia, donde aun pensaba encontrar á la señorita.

Ruf. Pues habrá mudado de parecer, porque doña Tiburcia solo ha recibido la visita de Adela: el tio no se ha dejado ver.

Greg. ¿Viene usted de allí ahora?

Ruf. En derechura.

Greg. ¿Y qué tal ha hecho su papel la antigua patrona?

Ruf. Ella dice que perfectamente. Dice que Adela queda ya convencida de que no he pensado casarme con doña Gertrudis; pero doña Tiburcia, con arreglo á mi plan, la ha persuadido tambien que aborrezco el matrimonio con vieja y con jóven.

Greg. Con lo cual comprenderá la señorita que usted la está engañando, como es cierto, y le enviará á usted enhoramala, que es lo que usted desea.

Ruf. No hay otro medio para pillar la herencia del tio.

Greg. Pero si llega usted á casarse con doña Gertrudis, que es tan rica, ¿no tiene bastante con los bienes de esa mujer?

Ruf. En primer lugar, lo que sobra no daña; y luego que esa boda aun no está hecha. ¿Y si doña Gertrudis muda de parecer y no nos casamos? Y aunque nos casemos, ¿y si testa á favor de alguna sobrina, como hizo mi tio? Yo soy hombre de gusto y de garbo; tengo ambicion, pasiones y amor á los placeres; y por mucho caudal que junte siempre gastaré mas que tenga: mi prima es una pobre muchacha enseñada á pasarlo con estrechez, y no sabria qué hacer del dinero. Ella no lo necesita para vivir contenta, y yo sí: lo que necesita es un marido como don Fabian, y ese yo se le proporcionaré. Por eso trato de que esta noche precisemos á los dos á esplicarse, quererse y casarse.

Greg. Ya le dije á usted el recado que doña Adela me dió para don Fabian: que bajase aquí al anochecer.

Ruf. Usted y yo y algunos huéspedes, amigos mios, bien acechando desde las rejas, bien escondidos entre esas matas, escucharemos á los amantes, para que no puedan desdecirse despues.

Greg. Ya: cojiéndolos en el garlito, ¿cómo ha de tener ánimo la señorita para decir luego que se quiere casar con usted?

Ruf. Si al cabo no habia de ser feliz conmigo. ¡Qué diantre! si es coja. En no ser yo su esposo, le hago un favor; y con tomarme la herencia, le quito un cuidado.

Greg. ¡Y aun se quejará!

Ruf. Será una ingratitud, será no conocer su bien.

ESCENA II.

TOMASA, *con una regadera.*—DON RUFINO. GREGORIA.

Tom. (*Viendo á don Rufino.*) ¡Calle! aquí está por quien vino preguntando el otro. (*Acercándose.*) Caballero, usted creo que se ha de llamar don Rufino.

Ruf. Ese es mi nombre.

Tom. Bien decia yo: si la señá Gregoria me ha hablado de usted. Pues aqui ha venido un criado en busca de usted hace poco.

Ruf. ¿De parte de quién?

Tom. De parte de la señora... doña Gertrudis qué sé yo como. Rincon ó Picon creo que es el apellido.

Ruf. ¿De parte de doña Gertrudis? (*Aparte.*) ¿De dónde sabrá ella que vengo yo aqui?

Tom. Sí señor; de parte de esa señora, y con un recado muy urjente. Yo me fui á mis haciendas ahí adentro, y en el interin ha llegado usted.

Greg. Pero dale el recado al señor.

Tom. Que fuera usted corriendo, corriendo á casa, de esa señora.

Ruf. Si he estado allí casi toda la tarde.

Tom. Pues el caso es ese: parece que apenas salió usted de casa de la doña Gertrudis, cuando ocurrió... ¿qué sé yo

qué me dijo el criado? Ocurrió que hacia usted falta, y yo quedé en avisar á usted si venia.

Ruf. Bien está: gracias. (*Aparte.*) Algun capricho de los suyos.) Gregoria, ¿podrá usted hacerme un favor?

Greg. Mande usted.

Ruf. Suba usted al cuarto de don Fabian, y dígale que no baje al patio: que no hable con mi prima hasta que yo venga.

Tom. Su prima de usted es la señorita coja; ¿no es esto?

Ruf. Sí: doña Adela.

Tom. Pues yo daré ese recado al señor don Fabian, porque tengo que subir á su corredor en regando aquellas macetas.

Ruf. No lo olvide usted. (*Tomasa va y llena de la pila inmediata al pozo la regadera que ha traido.*) Gregoria, aun no es de noche; tendré tiempo de ir á casa de doña Gertrudis y volver; pero por si acaso no puedo, aceche usted á don Fabian y Adela, y si se hablan, avise á los huéspedes de ese cuarto para que los escuchen. (*Señala una reja.*)

Greg. ¿Los del número cinco?

Ruf. Sí; los conozco y estan en servirme.

Greg. Se les avisará. (*Vanse los dos.*)

ESCENA III.

TOMASA, *y luego* DON FABIAN.

Tom. (*Regando las macetas.*) Subiré al cuarto de don Fabian ahora mismo, porque de lo contrario me va á suceder con el recado lo que esta mañana con el desayuno: cuando se le dé, ya será tarde.

Fab. (*Saliendo.*) Esta es otra temperatura: me derretia, me ahogaba de calor en mi cuarto.—Buenas tardes, Tomasita.

Tom. Muy buenas, don Fabian. Me escusa usted una distraccion. Don Rufino me ha dicho que le diga á usted que no hable esta noche con la señorita andaluza hasta que él venga.

Fab. Corriente. (*Aparte.*) Vamos, me quiere ayudar. Dios se lo pague.

Tom. Y que no baje usted al patio.

Fab. Como he bajado ya, eso querrá decir que me suba. Subiré así que haya acabado de oscurecer.

Tom. Hará usted bien, porque en su cuarto de usted, como está tan retirado, nadie le oye á usted cuando habla solito; y lo que es aquí...

Fab. ¿Me ha oido usted algo, Tomasa?

Tom. Pasaba por el corredor, le sentí á usted charlar, y atisbé por la cerradura.

Fab. Pues créame usted, Tomasita; no es nada bueno eso de espiar á las gentes: por lo regular no oye uno sino disparates.

Tom. ¡Qué! si hablaba usted como una cotorra, como un diputado. Jamás le he visto esplicarse con tanta soltura. Se conoce que tiene usted mas confianza consigo que con nadie.

Fab. ¿Y qué decia yo?

Tom. Decia usted: «compadézcase usted de mi cortedad: nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora.»

Fab. (*Aparte.* ¡Bestia de mí!) ¡Yo le hubiera estimado á usted tanto que me hubiese dado una voz...!

Tom. Hubiera sido una lástima. Usted estaba en sus glorias hablando, y yo escuchándole. (*Sigue regando los tiestos.*)

Fab. (*Tomando una silla.*) Está visto: en hallándome solo y desocupado, necesito mordaza.

Tom. (*Aparte y observando los movimientos de don Fabian.*) ¡Qué trajin traia allá solo en su cuarto! Parecia que eran dos, él y una señorita.—Se ha sentado: apuesto á que es por no hablar solo, si se pasea.—Mueve la cabeza hácia abajo. Yo ya le entiendo sus ademanes: estará diciendo entre sí: «¡qué estrafalario, qué majadero soy!»—Se encoje de hombros: eso significa: «¿y qué remedio tiene? ¿qué le hemos de hacer?»—Ahora menea la cabeza, ladeándola hácia donde estoy yo: jurara que dice: «la Tomasa me ha oido: ¡eh! ¡para que no sepa todo el mundo mis conversaciones secretas!»—Mira hácia la puerta: es que espera á alguno.—Los tiestos ya están aviados: me voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON FABIAN.

(Permanece algunos instantes en silencio; pronuncia despues algunas espresiones en voz muy baja, y luego va subiendo progresivamente.)

Esta manía de hablar solo... No me sucederá otra vez. (*Pausa.*) La tal Adela... Me ha mandado venir.—¿Qué he de hacer? Vendré.—La hablaré.—Don Rufino me ayudará. —Dicen que la gaditana me quiere: un hombre á quien una mujer distingue, debe hablarla con resolucion. (*Se levanta.*) Con resolucion, pero con miramiento; pues aunque ella haya puesto los ojos en mí antes que yo en ella, no es justo que una señorita de modo sea la primera que se declare. A mí me toca decir que la quiero... y por Dios que se me figura que no mentiré.—¡Una coja! Y bien mirado, ¿valgo yo lo que ella? Esta traza mia, esta torpeza, este atamiento de pies, de manos y de lengua... Si ella es coja, yo soy tartamudo y zurdo y lerdo y patizambo. Nada, nada; tengo estudiada mi arenga, y asi que llegue ocasion, la espeto de corrido, sin mirar á Adela para no turbarme.—«Señorita, compadézcase usted de mi cortedad: nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. Su hermosura de usted...»—Pero si miro al suelo al hablar de su hermosura, va á creer que es pulla, porque entonces lo único que puedo verla son los pies. Debo decir: «ese hermoso semblante, esos divinos ojos, ese talle de silfida, ese...»

ESCENA V.

ADELA. EL CRIADO.—DON FABIAN.

Ade. ¡Oh señor don Fabian! ¿Ya le tenemos á usted por acá?
Fab. ¡Oh Adelita! (*Aparte.*) Me cortó el hilo á lo mejor.
Ade. ¡Jesus! ¡qué cansada vengo! ¡qué calor traigo! ¿Tiene usted la bondad de acercarme una silla?

Fab. Con mil amores. ¿Va usted á descansar aquí un rato?

Ade. Si señor, y si usted gusta de hacerme compañia mientras viene mi tio...

Fab. Yo, Adelita... (*Aparte.*) Rufino no está aquí; pero ¿cómo resisto yo al ruego de una señora?

Ade. (*Al criado.*) Pedro, haga usted el favor de llevar esa mantilla á mi cuarto. (*Vase el criado.*)

Fab. (*Aparte.*) ¡Nos dejan solos, y ya oscurece!

ESCENA VI.

GREGORIA, *que sale de puntillas y se esconde detras de unas matas.*—ADELA. DON FABIAN.

Ade. (*Aparte.*) Como es tan tímido, conviene hablarle con la mayor suavidad.

Fab. (*Aparte.*) Ahora, ¿quién conoce que esta mujer es coja?

Greg. (*Aparte.*) Aqui me coloco.

Ade. Señor don Fabian, yo deseaba mucho este momento.

Fab. ¿Sí? Vaya, pues... pues Dios se lo pague á usted.

Ade. Por otro lado lo temo tambien un poquito.

Fab. Lo mismo me sucede á mí.

Ade. Principio por manifestar que he leido su carta detenidamente, que me he enterado bien de ella, y por todas y cada una de sus cláusulas le debo á usted un agradecimiento sin límites.

Fab. Usted me avergüenza. Usted merece que uno se... ¡Vaya...!

Ade. Pero tengo que hacer sobre el particular varias observaciones.

Fab. Yo no he hecho mas que repetir lo que me han dicho en la lonja y en la ajencia. Si el té ó la criada no son lo que usted desearia...

Ade. No se trata de mis encargos, señor don Fabian, sino del que los ha desempeñado.

Fab. Ya, se trata de mí.

Ade. Si señor: mi tio se proponia verle á usted mañana, y esto me obliga á verme antes con usted.

Fab. Bien haya el tio que me proporciona esta... este...

Ade. No le debe estar muy agradecido usted, porque él no piensa de usted tan favorablemente como su sobrina.

Fab. ¿No? pues merezca yo el favor de la sobrina, y mas que se pongan contra mí todos los tios del universo. (*Aparte.*) Esto no ha salido mal.

Ade. Podré acaso ceder á la fuerza de las circunstancias; pero el aprecio que hago de usted será inalterable.

Fab. Adelita hermosa... (*Aparte.*) ¿Qué mas claro lo ha de decir?

Ade. Por lo mismo, y confiada en la honradez de usted, quiero consultarle sobre mi porvenir, quiero poner en su mano mi suerte.

Fab. (*Aparte.*) Esta es la ocasion crítica para mi arenga.

Ade. Usted decidirá segun su delicadeza le inspire.

Fab. (*Entusiasmado.*) ¿Apela usted á mi delicadeza? Pues sí, pues bien: ya sé lo que me corresponde hacer.

Ade. Oigame usted.

Fab. Perdone usted: oigame primero. (*Aparte.* Ya está muy oscuro, y á favor de las tinieblas tendré menos empacho.) Señorita, compadézcase usted de mi cortedad: nunca ha sido mayor; pero nunca mas fundada que ahora. (*Viendo salir á Tomasa con una luz.*) ¡Ah!

ESCENA VII.

TOMASA, *con un farol de reverbero.*—DICHOS.

Tom. (*Cruzando la escena.*) El farol del pasillo se me habia olvidado. (*Vase.*)

Fab. (*Aparte.*) Esa maldita luz me ha dejado ciego.

Ade. Ánimo; siga usted. (*Aparte.*) El pobrecillo me quiere de veras.

Fab. Pues como iba diciendo... (*Aparte.* Ya no sé donde iba.) ¡Ah!—Su hermosura de usted, ese lindo talle, esas gracias que estoy viendo...

Ade. ¿A oscuras las vé usted, don Fabian?

Fab. (*Aparte.* Ya me perdí.) Los ojos del alma... penetran... descubren... Y cuando uno se halla al lado de una...de una hermosa... y le faltan los recursos... los recursos propios... (*Mirando hácia la puerta.*) y tambien los ajenos... entonces no tiene mas recurso que recurrir.. que recurrir á decir... (*Cambiando rápidamente de tono.*) A decir que si

á usted le parece, suspenderemos esta conversacion hasta que venga don Rufino.

Ade. ¿Cómo? ¿Rufino ha de venir?

Fab. Segun creo, no tardará.

Ade. Conviene que no nos vea juntos.

Greg. (*Aparte.*) Aquí estoy yo para suplirle. (*Llégase á una reja quedito, y dice á las personas que se supone estan dentro:*) Atencion.

Ade. Aunque solo nos conocemos de hoy, por lo que me han dicho de usted y por la idea que da de sí mismo al momento que se le habla, estoy segura de que es un jóven juicioso y de buena familia.

Fab. Mi familia, aunque pobre, era honrada como la que mas. Y digo *era*, porque estoy en que de ella solo he quedado yo, y acaso un primo segundo ó tercero, cuyo nombre ignoro, y de quien nunca he tenido noticia. Porque ha de saber usted que aunque me llaman Fabian Huronera, ni soy Huronera ni soy Fabian.

Ade. Bien, ya me esplicará usted eso despues.

Fab. Un efecto de mi cobardía. Cuando vine de Asturias á Madrid, me trocó el nombre el alcalde del barrio, al darme el padron.

Ade. Un yerro casual, ya entiendo.

Fab. Fuí al otro dia, le hallé despachando á una porcion de jente y le dije: «señor alcalde, vengo á hacer á usted presente, con el debido respeto, que ha padecido una equivocacion.»—«Yo no me equivoco nunca,» me replicó muy grave: «vaya usted con Dios, y déjeme despachar. No piensan ustedes sino en desconceptuar á la autoridad pública.» Ya se vé, como dijo que él era infalible, debí creer que quien se habia equivocado de nombre hasta aquella fecha, era yo; y así me retiré pidiéndole mil perdones, y resuelto á ser don Fabian hasta nueva confirmacion.

Ade. Atiéndame usted.—Una tia mia carnal se casó...

Fab. Sí, con un tio carnal de don Rufino: ya sé la historia.

Ade. Sabrá tambien usted que el tio murió en América dejando un caudal...

Fab. Sí, muy corto.

Ade. No, muy decente: renta mas de dos mil duros anuales

Fab. ¿Eso renta?

Ade. Y todo lo heredaré yo, si en un término dado me caso con un pariente de mi tio político.

Fab. ¡Qué me dice usted!

Ade. Pero si no, don Rufino lo hereda todo.

Fab. ¿Todo? (*Aparte.*) Pues me ha engañado.

Ade. Menos una pension de seis mil reales para mí.

Fab. (*Aparte.*) Ahora comprendo la pulla de los seis mi reales. ¡Habrá pícaro!

Ade. Y lo peor es que el término para mi decision cumple mañana.

Fab. ¿Mañana?

Ade. De modo que me hallo en la alternativa siguiente: ó prometer mañana casarme con mi primo, que es un buen perillan, ó perder la herencia y reducirme á una triste pension. ¿Qué me aconsejaria usted que hiciera?

Fab. ¿Con que si usted se inclina á otro que su primo, tiene que sacrificar las conveniencias al amor? Yo no sabia eso.

Ade. ¿No?

Fab. Ni una palabra. Si yo hubiera tenido la menor idea de que usted podia ser, asi, rica, ¿juzga usted que me hubiera atrevido á pensar..? Yo estaba en la intelijencia de que usted en ningun caso podia heredar mas que la consabida pension.

Ade. ¡Ah! ¿usted me tenia por pobre?

Fab. Por tan pobre como yo. Unos seis mil reales vendré á ganar al año.

Ade. No es gran cosa, seguramente.

Fab. ¿Qué ha de ser? Y pudiendo usted disfrutar de cuarenta y seis mil...

Ade. ¿Con que, en su opinion de usted, debo casarme con don Rufino?

Fab. (*Con tristeza.*) En mi opinion... En mi opinion, Adelita, usted es una jóven que merece disfrutar todas las prosperidades de la vida, y mas fácil es que lo consiga usted con la herencia que sin la herencia.

Ade. ¿Cree usted que la felicidad se mide por el dinero?

Fab. El dinero tiene su mérito, y jamás lo he conocido yo como ahora.

Ade. Pero es que yo no quiero á mi primo.

Fab. Si usted es su esposa, usted cumplirá sus deberes: usted le querrá.

Ade. Es que él tampoco me quiere á mí.

Fab. ¡Como si fuera fácil vivir á su lado de usted sin amarla!

Ade. Es que yo estoy persuadida de que él huye tambien de unirse conmigo.

Fab. ¿Es cierto que trata de casarse con una vieja?

Ade. Por desgracia no.

Fab. ¿No? Pues tiene usted razon, que es una desgracia muy grande.

Ade. El quiere que la boda se deshaga por mí para llevarse la herencia.

Fab. ¡Qué iniquidad! Yo iba á aconsejar á usted que le cojiera la palabra á su primo, que se casara con él y le obligase á que la quisiera á usted con el alma y la vida; pero ya ¡un demontre!

Ade. Hubiera sido un consejo muy jeneroso; pero...

Fab. Pero muy necio. ¡Hola, hola! ¿Luego el primito se figura que usted no vale mas que la herencia del indiano y todas las Indias? Pues bueno: ármese usted de resolucion; enfádese usted.

Ade. Bien.

Fab. Y cuando el primo venga, dígale que usted se estima demasiado á sí propia para unirse con un hombre que no tiene entrañas ni honor.—Y sepa usted que esto es verdad.

Ade. Asi lo creo.

Fab. Dígale usted que se guarde, en hora buena ó mala, esa herencia que tanto codicia; que á él no le aprovechará de nada porque la consumirá en cuatro dias, y á usted no le hace falta para ser feliz como lo ha sido hasta hoy.

Ade. Tambien eso es verdad.

Fab. Y que para que conozca la mujer que pierde, va usted á casarse con un hombre á quien ama y que adora en usted.

Ade. Y eso ¿será verdad?

Fab. En usted consiste.

Ade. En mí sola no.

Fab. Sí tal, porque á la dama toca elejir.

Ade. Y al galan proponer.

Fab. Tal puede ser él que no se atreva á ponerse en candidatura.

Ade. ¿Quiere usted que le diga las cualidades que desearia yo en un esposo, y encargarse de buscarme uno?
Fab. ¿Uno? (*Aparte.* Ánimo: esto se prepara bien.) Lo que es uno, ya pudiera yo indicarle.
Ade. Pues yo no necesito mas.
Fab. Es que tiene tantos peros el tal, que dudo si será de recibo.
Ade. ¿Es hombre de bien?
Fab. Sí; pero bastante simplon.
Ade. ¿Será capaz de quererme?
Fab. ¡Oh! mucho; pero exigirá de usted otro tanto.
Ade. ¿Será aplicado y trabajador como su esposa?
Fab. Sí; pero hasta ahora su trabajo poco le ha lucido.
Ade. ¿Gastará buen jenio? ¿Reñirá con su mujer?
Fab. Hasta la presente no ha reñido con nadie; pero se ha burlado de él todo el mundo.
Ade. ¿Sí? Pues yo me encargo de satisfacerle en nombre del jénero humano.
Fab. ¡Es posible! ¿Está usted resuelta...?
Ade. A no rehusar mi mano á ese sujeto, siempre que...
Fab. Siempre que se resuelva él...
Ade. A pedirla.
Fab. Pues... la pide... la pido.
Ade. Yo la concedo.
Fab. Y yo la... la... la...
Greg. (*Llegándose de pronto y dando á don Fabian la mano de Adela.*) Hombre, tómela usted con mil santos.
Fab. ¡Huy! ¡qué vergüenza! teniamos un testigo.
Greg. (*Aparte.*) Y mas de dos.
Ade. No me importa ya que todo el mundo lo sepa.
Fab. ¿No? ¡Canario! pues á mí tampoco. Ya es tiempo de sacar los pies de las alforjas. (*Besa repetidas veces la mano de Adela.*)

ESCENA VIII.

DON SILVESTRE. TOMASA, *con una luz.*—DICHOS.

Silv. (*A Tomasa.*) Muchacha, alumbra. (*Viendo á don Fabian y Adela.*) ¡Bravo, señoritos, bravísimo!

Fab. ¡Ay Jesus! (*Se aparta confundido á un lado: Gregoria y Tomasa despues de haber hablado entre sí un instante se retiran: la luz ha quedado sobre una mesa.*)

Silv. Teniendo tú aquí tan buena ocupacion, ¡bien podia yo estar aguardándote un siglo en casa de aquella señora!

Ade. Bastante le aguardé yo á usted.

Silv. ¿En casa de doña Gertrudis?

Ade. Sí señor, segun convinimos.

Silv. Si vengo yo de allí, y me ha dicho que no has parecido.

Ade. Se ha equivocado: á Pedro se le puede preguntar.

Silv. Ignoro por qué me lo ha negado doña Gertrudis. En fin, ya sabrás que se te cumple tu gusto. Rufino, en efecto, le ha dado á la vieja palabra de matrimonio, y ella jura que le sabrá impedir que se case contigo.

Fab. ¿De veras?

Ade. Tio, yo no le entiendo á usted: doña Gertrudis me ha sostenido que todo eso es una pura suposicion.

Silv. A mí me ha demostrado que es verdad, y con pruebas irrecusables.

Ade. Si se ha reido de mí cuando le he hecho esa pregunta.

Silv. Pues cuando yo le he hablado de ello, ha llorado como una Magdalena.

Ade. No creia yo capaz de arrojar una lágrima á una mujer tan fria y tan sosa.

Silv. Al contrario; si es una viejecita muy lista.

Ade. ¿Lista? ¡Con aquel corpanchon de un par de quintales!

Silv. Si es delgada.

Ade. Pero altona.

Silv. No tal, chiquita, muy elegante, postizo negro.

Ade. La doña Gertrudis que ví yo, viste mal y gasta peluca rubia.

Fab. Ó las doñas Gertrudis son dos, ó esa mujer cambia de jenio y de figura á cada visita. Vamos á ver: ¿dónde vive esa dama pelirubia y pelinegra?

Ade. Calle de Hortaleza, frente á la fuente.

Silv. Eso es: yo no he podido acompañar á mi sobrina, porque tenia antes otras cosas que hacer; pero segun las señas que dejó don Rufino, esa fuente tiene por distintivo unos galápagos.

Ade. Justamente.

Fab. Así es.

Silv. Pues bien: desde aquí me dirijí á la puerta del Sol: allí pregunté, y me pusieron en una calle toda de tiendas.

Fab. La calle de la Montera, sin duda.

Silv. ¡Qué! si creo que han suprimido esa calle en Madrid. Ello es que me dijeron: «siga usted esta acera de la derecha, y no pare hasta encontrar la fuente de los galápagos.» Seguí, hallé una fuente grande...

Ade. Chica.

Silv. Grande, con sus dos galápagos de bronce.

Ade. De piedra.

Silv. No tal, de bronce, interpolados, por mas señas, con dos ranas del mismo metal.

Fab. Esa es la fuente de la Red de San Luis.

Silv. ¿Hay acaso por allí dos fuentes adornadas de galápagos?

Fab. Sí señor: hay una al estremo de la calle que fué de la Montera (hoy de Manzanares), y otra en la calle de Hortaleza, mucho mas arriba.

Silv. Pues dígole á usted que este Madrid es un galapagar. Pero sea lo que fuere: yo, llegado que hube á la fuente susodicha, pregunté en una lonja si vivia por allí una doña Gertrudis Ciscon, y me contestaron que en el primer piso de aquella casa. Subí al primer piso, me anuncié, me recibieron, y no me queda duda de que aquella es la doña Gertrudis verdadera, porque delante de mí envió un recado para que buscaran á don Rufino á fin de carearle conmigo. La lástima fué que no se le encontró.

Ade. Vamos, las Gertrudis son dos, y la que yo hallé debe ser una solemne embustera: esto ha sido una farsa de ese enredador de Rufino, que no dice palabra de verdad.

Silv. Poco á poco: él fué el que me insinuó que te inclinabas á don Fabian, y segun las trazas no ha mentido en eso.

Ade. Mintió en la fecha, porque entonces estaba yo muy distante de pensar como ahora.

Fab. ¿Con que mintió, eh? ¡Qué picardía! Él me lo dijo, y yo lo creí.

Ade. Afortunadamente no me engañó al asegurarme esta mañana que usted me consagraba su afecto.

Fab. ¿Esta mañana? Pues tambien eso es mentira: entonces todavia no pensaba yo en usted.

Ade. ¿Será posible?

Silv. Segun veo, cada uno de ustedes estaba muy satisfecho de que era querido, y á ninguno de los dos le habia pasado por la imajinacion el querer al otro.

Fab. ¡Virjen de Atocha!

Ade. Otro embuste de mi primito; pero á lo menos es innegable que el señor me ha escrito esta carta. (*Se la da á don Fabian.*)

Fab. (*Mirándola á la luz que hay en la mesa.*) A ver. — Sí señores, mi carta es esta; no hay duda. (*Lee*) «Adelita, con el mas vivo interés...» Sí por cierto; es verdad; yo me interesaba vivamente por el desayuno de Adela, y... Pero ¿quién ha subrayado aquí tantas dicciones?

Silv. Usted que las ha escrito, será.

Fab. Yo no, yo no he tirado raya ninguna.

Ade. ¿No? ¿Si haria eso don Rufino cuando le dejé solo?

Silv. ¿No? Pues lea usted, lea usted lo rayado, y verá lo que sale.

Fab. (*Leyendo.*) «Adelita... preciosa... yo... te... amo... inestimable... perla... yo... te... adoro.» ¡Qué adulteracion! ¡Qué anacronis mo!

Ade. ¿Luego usted no escribió con doble sentido ese billete?

Fab. ¿Cómo habia yo de componer de intento esos dos versos chabacanos que parecen de un aguador? Adelita, yo de palabra me esplicaré mal; pero por escrito, ya es otra cosa. El que escribe puede correjir: ¡asi se pudiera hablar de dos veces, una en borrador y otra en limpio! Yo no le hubiera escrito á secas á usted: «yo te amo»; ni ¿cómo habia de haberme atrevido á tutear á usted? Yo no me hubiera contentado con llamar á usted «perla» sino «ánjel, diosa, cielo.»—¡Ah! perdone usted; ahora caigo en que nos estamos queriendo por equivocacion.

Ade. Aun por eso iba usted á aconsejarme que aceptara la mano de mi primo. Como usted no me queria...

Fab. Lo mismo que usted. Si hubiera estado decidida en mi favor, no me hubiera pedido consejo sobre lo que habia de hacer.

Silv. Por dicha, el desengaño ha venido pronto; y al cabo, si

ustedes se han querido por impulso ajeno, dueños son de quererse por su voluntad.

Fab. Ya es imposible.

Ade. ¿Por..?

Fab. Porque si don Rufino se casa con la vieja, la herencia es de usted; y yo no puedo ni debo querer sino á una mujer... como yo.

Ade. ¿Que no sea coja?

Fab. Que no sea rica.

Ade. ¡Eh! calle usted y no diga desatinos.

Silv. Aqui viene el falsificador de cartas y de viejas.

ESCENA ULTIMA.

DON RUFINO. — ADELA. DON FABIAN. DON SILVESTRE.

Ade. Señor primo...

Silv. Señor don Rufino...

Fab. Señor editor...

Fde. ¿A casa de quién me ha dirijido usted esta tarde?

Silv. ¿Sabe usted que no estoy acostumbrado á que nadie juegue conmigo?

Fab. Yo sí lo estoy; pero ya que jueguen, que dure el juego mas.

Ade. Usted no puede aspirar á mi mano: me constan ya sus relaciones con doña Gertrudis.

Silv. La de los galápagos de bronce, no la otra. Sepa usted que la acabo de ver.

Ruf. Lo sé ya: salir usted y entrar yo ha sido todo uno.

Silv. Lo creo: como que estando yo allí le envió á llamar á usted.

Ruf. Sí, para hartarme de vituperios á consecuencia de las noticias que usted le dió, y para decirme en dos palabras que ajustásemos cuentas y buscase otra novia.

Ade. ¿Con que en efecto era novia de usted?

Ruf. Antes de conocer á usted pensé en ella, lo confieso.

Ade. Y despues de conocerme usted, no ha pensado en mí sino para engañarme.

Fab. Para engañarnos.

Silv. A los tres.

Ruf. La ambicion me cegó; por ella aparté los ojos de usted

y los puse en la herencia. De esto ha nacido el dirijir hoy á usted á una doña Gertrudis finjida.

Silv. Y por lo mismo habrá sido el suponer que Adela y don Fabian se querian.

Ruf. Yo los creí muy dispuestos á ello, y traté de ponerlos de intelijencia. La prueba de que no me equivocaba está en lo que me acaban de decir Gregoria y unos huéspedes, que les han escuchado á ustedes la conversacion á oscuras.

Ade. (Aparte.) ¡Cielos!

Fab. Este hombre se ha empeñado en que por fuerza nos hemos de amar.

Ruf. Nada de eso; yo á pesar de todo, estoy pronto á dar la mano á Adela, si quiere admitirla.

Ade. Nunca: se la doy al señor para cumplirle el gusto de casarse con pobre.

Fab. ¡Adela de mi vida!

Silv. (*A Adela.*) ¿Con que son para el señor los bienes del tio?

Ruf. Mi prima se obstina en ello: ¿qué se ha de hacer?

Ade. Sí, guárdeselos usted, y ¡ójala mis circunstancias me permitiesen rehusar la pension á que tengo derecho, para no tener que agradecer un maravedí al difunto don Gabriel Garay!

Fab. ¿Cómo, don Gabriel Garay? ¿Era ese su tio de usted? (*A Adela.*)

Ade. El tio del señor.

Fab. ¿Natural de Oviedo? ¿casado con doña Verónica Gomez?

Ruf. El mismo.

Silv. El propio.

Fab. Ese era tambien tio mio.

Ruf. ¿De usted?

Ade. y Silv. ¿De usted?

Ruf. No puede ser: solo tenia un sobrino llamado Ramon.

Fab. El Ramon soy yo: hay cien documentos que lo acrediten.

Ruf. Si se llama usted Fabian.

Fab. De eso responderá el alcalde del barrio.

Silv. A don Ramon le mataron los facciosos.

Fab. Es una calumnia; no hicieron mas que darme una paliza y dejarme por muerto.

Ruf. Yo sé que mi primo Ramon era bizco.

Fab. Me curé como Adela: soy ex-bizco tambien.

Ruf. ¡Reniego de toda la cirujía en masa!

Silv. ¿Con que los novios son primos políticos? Don Rufino de mi alma, le acompaño á usted en el sentimiento de la pérdida.

Ruf. Déjeme usted en paz.

Fab. ¿Cómo? ¿qué es eso?

Ade. Que el señor se ha quedado sin doña Gertrudis y sin la herencia del tio: casando yo con un pariente suyo, es lejítimamente mia; y el primo Rufino me ha comprometido á casarme con el primo Ramon.

Fab. ¿De modo que Adela se quedaba pobre por mí, y por mí vuelve á ser rica? Prima novia, en paz y jugando.

Silv. (*Dando una palmada en el hombro á don Rufino.*) ¿Qué dice usted á eso?

Ruf. Digo que... que me perdí por no saber bailar.

Ade. ¿Cómo? ¿no baila usted? ¡Y le reservaba yo en mi boda el primer rigodon conmigo!

Ruf. ¡Con usted!

Fab. ¿Bailas con muleta?

Ade. La muleta duerme esta noche en el pozo. (*Corre ájilmente al pozo y la tira.*)

Fab. ¡Qué veo!

Ruf. ¡No era coja!

Silv. ¿Qué habia de ser? En mi familia nadie anda en malos pasos.

Fab. ¿Qué ha sido esto?

Ade. Un capricho para ver si me querian por mí y no por la herencia.

Fab. ¡Canario! ¡qué esposa se ha perdido usted, primo!

Ruf. Hombre, no me lo diga usted otra vez, si no quiere que vaya á echarme tras la muleta. (*A Adela.*) ¡Quéjese usted de mis trapisondas, despues de habernos engañado á todos de una manera tan atroz!

Fab. Yo no me quejo.

Ade. Mi engaño es de mejor índole que los de usted. Yo deseaba cariño y usted dinero; por usted he reunido ambas cosas. En recompensa, se le pagarán á usted sus deudas y se le cederá la pension.

Fabian, al público.

Llegó el punto en que se vea
si agradó nuestra fatiga,
y falle el concurso y diga
de qué pie el drama cojea.
¿Habrá aplausos ó marea?
En medio de tal afan,
sufra el público galan
que al fin de esta decimilla
parodie una seguidilla
que todos conocerán.
—Como tengo este jenio
tan encojido...
bien quisiera un aplauso;
mas no lo pido.

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA.

En esta comedia hay varias imitaciones: para las principales se ha tenido presente una pieza en un acto de Mr. Fagan, titulada *Le Rendez-vous*, y otra en dos, perteneciente al teatro inglés, que fué traducida á nuestro idioma en el año de 1801 con el título de *La prueba caprichosa*.

ERRATAS.

Pájina.	*Linea.*	*Dice.*	*Léase.*
17	36	Coma	Como
21	14	Ponderémosla	Ponderémoslo

LIBRARY OF CONGRESS
0 029 561 797 4